

VILLA de MADRID



Sumario

Editorial.

Las calles de Madrid. Manuel Pombo Angulo.

Los jardines. Vicente Carredano.

El Madrid de los Austrias. Fernando Chueca.

Los otros museos. Manuel Gallego Morell.

Preludio de la fiesta. Miguel Utrillo.

El teatro en Madrid.

Madrid, tablado famoso. Alfonso Sánchez.

Madrid, turismo de ida y vuelta. Antonio D. Olano.

Lo madrileño en la moda. Mercedes Ballesteros.

Los otros deportes, Jesús Fragoso del Toro.

Tomás Gistau ha muerto.

Vida corporativa.

Dibujos de Serny.

Fotos: Loygorri y Loren.

VILLA *de* MADRID

REVISTA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PLAZA DE LA VILLA

CENTRO DE ESTUDIOS
MUNICIPALES
ANTONIO MAURA

Precio del ejemplar: 40 pesetas.

SUSCRIPCIONES:

Semestre 120 pesetas.

Año 240 »

Tel. 48 18 29

M A D R I D

AÑO II

NUM. 9

Editorial

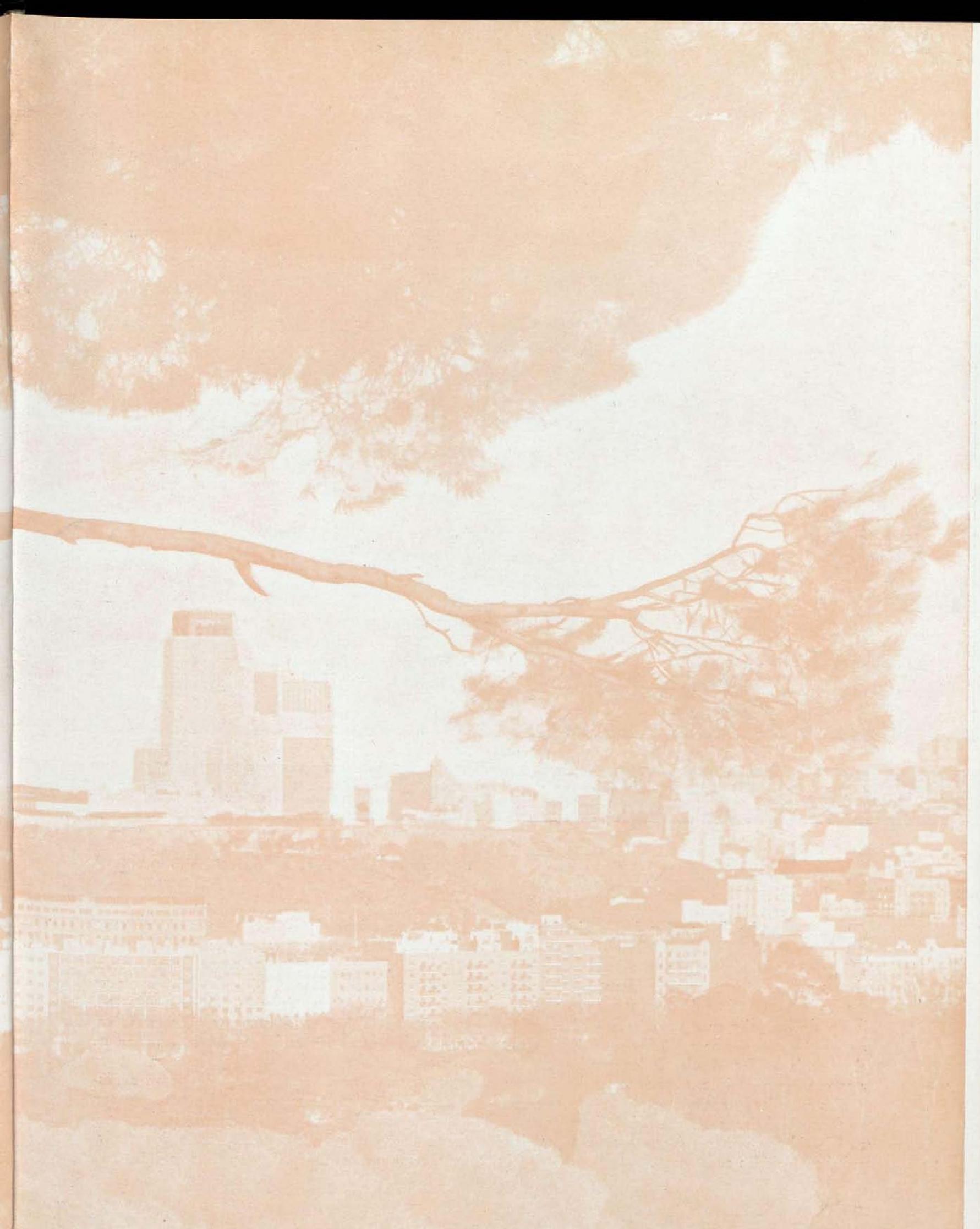
EL turismo tiene en Madrid características muy peculiares. En realidad, no se viene a Madrid para eso que se llama "hacer turismo", sino que la capital de España es paso obligado para los cuatro puntos cardinales de la geografía española.

Y, se viene a Madrid, para comenzar cualquier itinerario, Madrid es el punto obligado. Es frecuente ver las calles de Madrid invadidas por una multitud foránea, abigarrada y pintoresca. Estas gentes, que vienen con su pensamiento viajero puesto en otras ciudades, hacen, de pronto, el descubrimiento de Madrid. No sólo del Madrid moderno, abierto, modelo en su construcción, sino en un Madrid típico, que no sospecharon siquiera.

Sería preciso un incremento de la política turística de Madrid, un mejor poner de relieve sus características, un aprovechamiento más acabado de sus bellezas y de sus tesoros artísticos. Pero, sin necesidad de esto, Madrid posee de por sí suficientes encantos como para que las gentes partan encantadas después de su estancia en él.

Existe, además, un contorno de Madrid, poco conocido, pero lleno de seducción. No son sólo El Escorial o Aranjuez lo que constituye aquello que tantas veces hemos llamado la periferia turística de Madrid. Plazas como la de Chinchón, piedras como la de Cadarso de los Vidrios, valles como los del Alberche, castillos como el de Villaviciosa, o Pinto, o Manzanares el Real, una geografía prodigiosa de paisajes y recuerdos, contornan Madrid y se ofrecen, varios y agradables, a las visitas de los que llegan.

En este número, que sale a la luz cara al sol turístico de los meses sin nubes, pretendemos recoger algunos aspectos del Madrid de que hablamos. Esperamos, porque le queremos de verdad, haberlo conseguido.



Ayuntamiento de Madrid



LAS CALLES DE MADRID

POR MANUEL POMBO ANGULO

SE habla mucho de las calles de Madrid. Una calle es como el latido de la ciudad, la gran arteria por donde vienen y van esos seres pequeños, alegres o tristes, tiernos y emocionantes siempre, que son los humanos. Si pudiéramos asomarnos a la circulación de cualquier cuerpo, veríamos qué extraños y apasionantes sucesos se nos ofrecían. Por de pronto, el rubor, la palidez, el color de las emociones, se debe a esta sangre que viene y va, como pueden ir y venir por las calles las gentes que se pasean, que se encuentran, que se detienen, que se alejan. Estas gentes que en Madrid llamaron ca' Alcalá a aquella por donde gustaban lucir los andaluces.

Por esto mismo, la fisonomía de la ciudad cambia según cambia sus calles. Hay calles alejadas, románticas, pálidas; calles que parecen evocar todavía el gas y el farol del pobre L'Isle Adan. Hay calles bulliciosas, encendidas; calles para el mantón, para la tremolina. Y hay calles calmadas, monacales; calles donde vuelan las campanas un leve rumor de ángelus.

Hay calles perdidas, calles que no llevan a ninguna parte; calles que mueren en el campo como un río sin agua. Hay calles que terminan en los grandes comercios; calles seductoras, como joyerías al final, como una tentación. Hay calles para aquel bal-

El nuevo y airoso Arco de Triunfo en el umbral de la Ciudad Universitaria, símbolo de victoria en la guerra y en la paz. En la página de la derecha, la plaza de España, enmarcada por los dos modernísimos rascacielos que allí han crecido impulsado por el poderío del Madrid moderno





En la Puerta del Sol, la que fué centro neurálgico del país, continúa siendo lugar de cruce de cita de madrileños y forasteros

cón bajo el que paseamos como si diéramos guardia a una añoranza.

De todas éstas —y de más— está constituida la villa de Madrid; la gran capital callejera por excelencia. Así como hay ciudades vertidas hacia su interior, ciudades encerradas, que tienen de la calle una vaga perspectiva de balcones, hay ciudades abiertas, volcadas a la acera, o a la calzada, reunidas en la plaza; ciudades de cielo, agosto y reunión. Entre todas, quizá sea Madrid —mejor que Nápoles, mejor aún que Río, morena y arrabalera— la que más guste permanecer en la calle, la que más dé a la calle categoría de salón donde reunirse, para hablar, para amarse, o para dejar pasar el tiempo, mirando correr esa corriente que llena las calles hasta producir, casi, una

inundación. Hay esquinas donde esperan los toreros una contrata con orejas seguras, y otras donde los astros del cine se colocan de perfil por aquello de la fotogenia. Hay plazas para los niños, para las canciones de los niños, que sólo pueden sonar en una plazuela; canciones llenas de anhelos de ser más alto que la Luna, o de cartas que escriben a un rey de baraja las pobre niñas de Orán. Hay calles para las comadres, orondas, decidoras, que, en tiempos, fueron jóvenes y pisaron, airoosas, las calles donde ahora descansan sobre sillas de enea; sillas con un recuerdo monjil, de patio o de iglesia. Hay calles para los gremios, para el trabajo, para la tradición menestral; calles de cuchilleros, de bordadores, de cabestreros...

Y hay calles para el amor; dulces, recogidas calles





A esta puerta de la madrileñísima calle de Alcalá los futuros artistas españoles llaman con los nudillos impacientes de su vocación, pues ella da paso a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando

que llevan a la Vicaría, como si, al final, esperase un cuadro de Fortuny. Las tapias son altas, viejas de cal, y los árboles asoman sobre ellas para contemplar la procesión de los enamorados. Calle de la Pasa, por donde se pasa camino del matrimonio; calle del Rollo, donde todo es íntimo y recogido, como una penumbra. Las acacias esperan al final de estas calles. Las acacias madrileñas, tan nuestras, tan de botonadura



de un castizo que se quedaría asombrado si le faltase su sombra.

Hay calles arrebatadas. Calles comerciantes, de grandes escaparates, de fabulosos escaparates, como ninguna otra congregación urbana. Una de las delicias de las calles de Madrid consiste en detenerse ante estos escaparates, donde poco a poco, todo se ha hecho arte, donde los objetos de cada día se presentan de tal manera que parecen de uno excepcional. El día en que quisimos hacer un regalo a alguien, quizá el propio recuerdo, y nos detuvimos ante el escaparate, y nos quedamos quietos, porque no se puede tocar. No



La Puerta de Alcalá, una de las más bella de Europa, mandada construir por Carlos III, el rey urbanístico, veladora permanente del silencio vegetal del Retiro

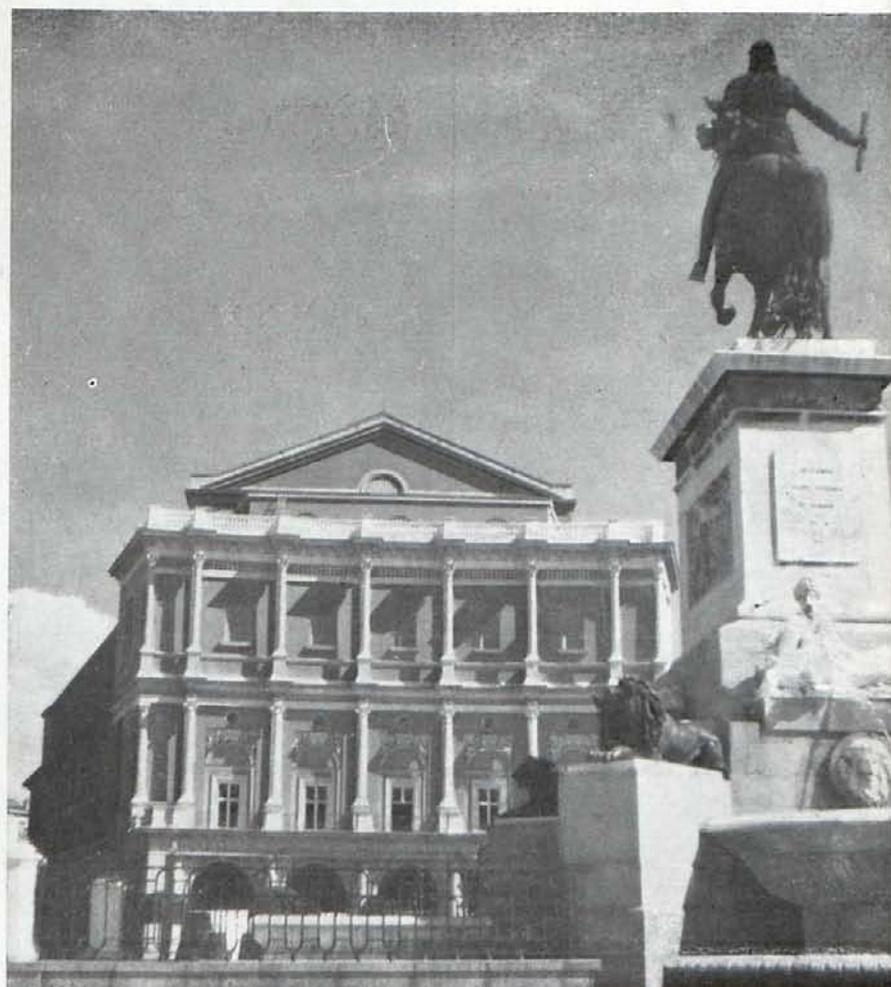
son muchos estos escaparates, pero aumentan cada vez más. En este rendimiento de lo mercantil a lo artístico, se encierra un símbolo de lo que es la espiritualidad de Madrid.

Poniendo hito a las calles, ya que no es posible ponerles frontera, las fuentes curvan su surtidor, para que, al través, podamos admirar la gracia de las calles. Las fuentes son las condecoraciones de las ciudades; delicadas, frágiles condecoraciones, que las calles ganaron en el transcurrir del tiempo. En Madrid tenemos la Cibele, y Neptuno, y la Fuente de Apolo, y la de la Alcachofa, que anduvo en coplas; la fuen-

te de la Fuentecilla y la de los Tritones, que deja caer un agua transparente en una pila verdinegra. Cuando el silencio llena Madrid, cuando la noche salta espontánea, el rumor de las fuentes compone una sinfonía que, después, apagará el clamor de la gran ciudad. Pero su murmullo queda, y canta dentro una canción pequeña, que viene de lejos y que es fresca y que tiene suavidad de caricia. En el Madrid desbordado y grande —en el Madrid de la Gran Vía, de la Castellana, de la Avenida del Generalísimo, de Fuencarral o de Hortaleza— esta melodía interior viene a ser como algo que acompaña su vida, estirada hasta el punto de enlazar con la historia. Pese a lo que ha crecido, Madrid continúa conservando en su interior el eco de la provincia. Y la provincia os sorprende, cuando menos lo pensáis, y, entonces, entendemos que a Madrid se le quiere tanto porque tiene, para todos, algo de patria chica.

Cuando lleguéis a Madrid, de cualquier ciudad del

Una vista parcial de la Plaza de Oriente.



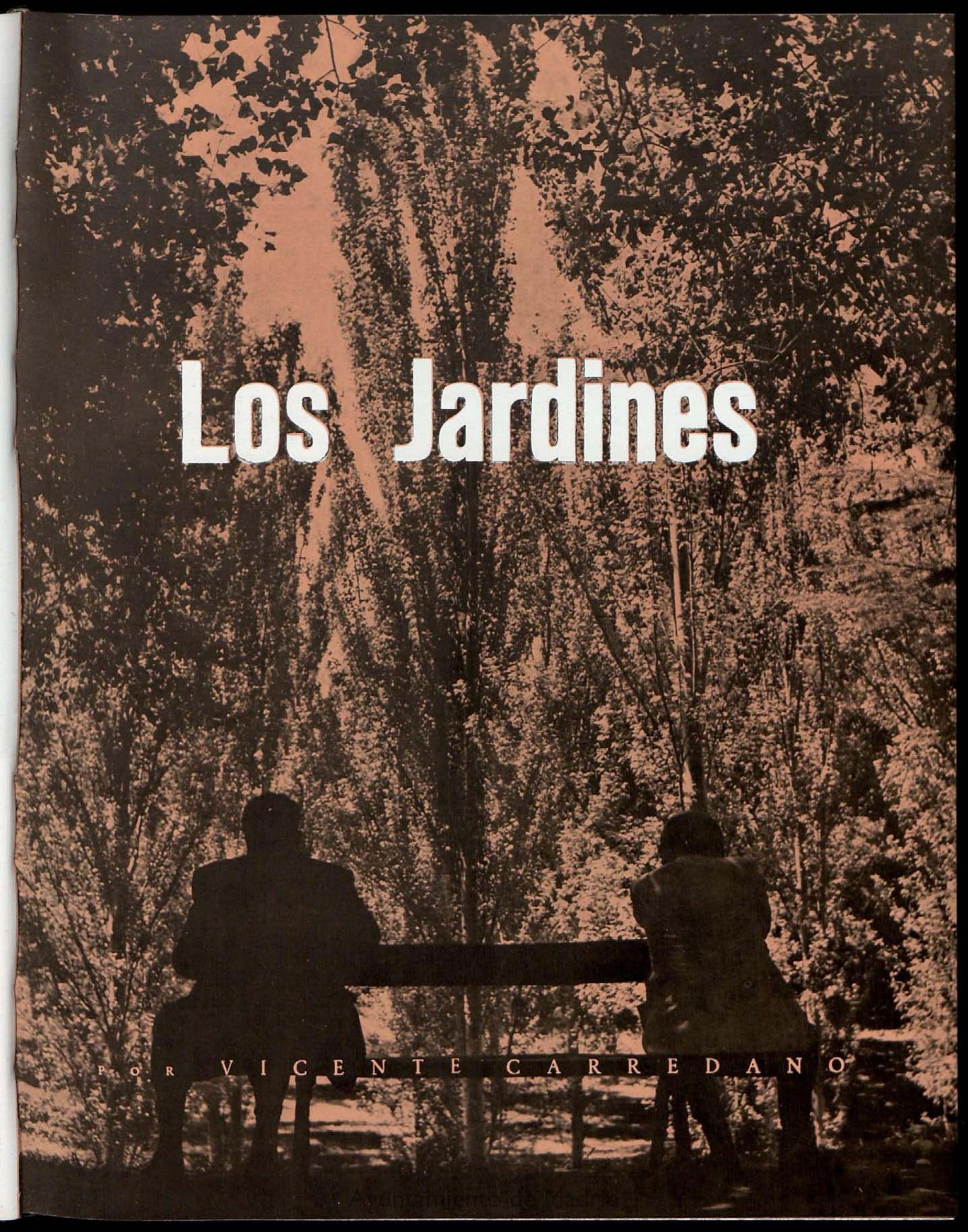
Mundo, dejar a un lado las guías oficiales y recorrer sus calles. Recorrerlas lentamente, dejándoos llevar. Deteneos en la plaza Mayor, llena de ecos reales, de humos y santidad, y bajar el Arco de Chuchilleros, por donde dicen que un buen ladrón estuvo a punto de despenarse. Y tirar por la calle de Toledo, y llegar a la corriente diminuta del Manzanares, y mirar al cie-

lo. El cielo de Madrid donde los cipreses de las Sacramentales abren agujeritos para que la vista celeste sea más completa al poder contemplar la capital.

Después será el tiempo del conocimiento, del arte, del urbanismo, de lo típico también. En el principio fueron las calles. Y, por eso, en vuestro principio, debéis comenzar paseando por ellas.

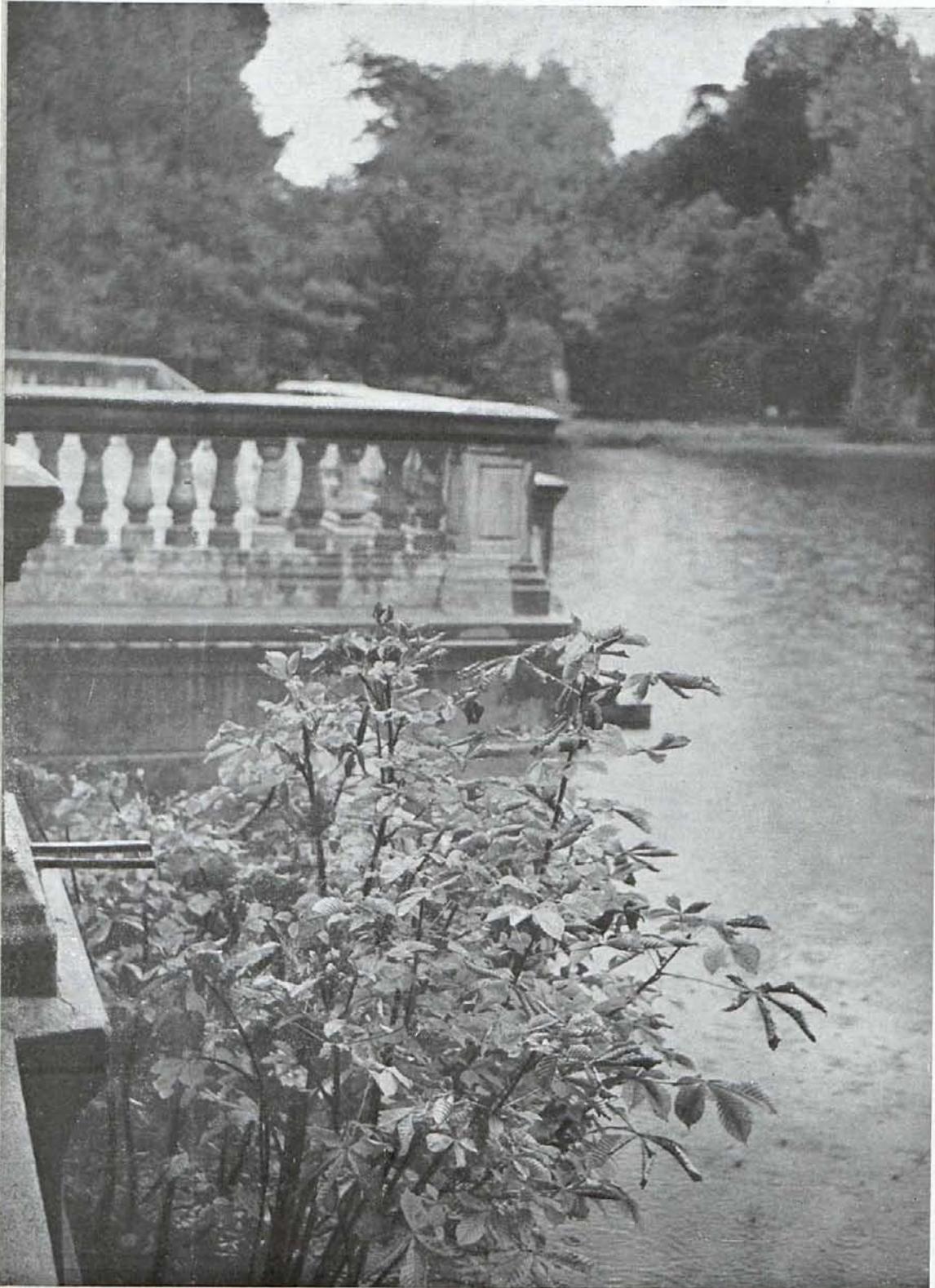


Este tenderete del Rastro rubrica bien a las claras lo que representa este lugar madrileño de tipismo y algarabía



Los Jardines

P O R V I C E N T E C A R R E D A N O



El balcón del Palacio de Exposiciones del Retiro se asoma a la gracia del agua.

gino una ciudad moribunda, parada, sin ojos y sin oídos en medio de la noche.

Existen diversas formas de distinguir a las ciudades. Por su demografía, por su clima, por su desarrollo industrial, por el caudal histórico, artístico o arqueológico que atesoran e, incluso, por el declive o el color de sus tejados. Para mí, sin embargo, las ciudades se diferencian unas de otras por su río y por sus jardines —no olvidemos que el corazón de las cosas late siempre en su costado más lírico.

Es cierto que Madrid nunca ha podido presumir de río (aunque la chufra que sus ingenios dedicaron al Manzanares tengan más de amoroso requiebro que de desprecio.) Pero, de pronto, el Manzanares —ayudado por los ingenieros— se ha puesto a crecer, ha engordado, y sobre sus riberas han nacido espléndidas y sombradas alamedas; no es osado augurar para el antiguo aprendiz un porvenir de maestro.

En cuestión de jardines, ya es otra cosa. Madrid siempre fué una ciudad con predilección a asomarse a los espacios verdes. Hoy, sus parques dan a la capital horas de sosiego y rincones de recoleta belleza. Esos parques públicos, hasta los que llegan los ruidos de las calles próximas, donde juegan los niños, donde pasea el soñador esperanzas y melancolías; donde el amor, un

MIENTRAS los hombres duermen, los parques de la ciudad continúan viviendo su serena noche vegetal. Desde la alta sombra las estrellas testimonian el profundo respirar de esos árboles que a lo largo del tiempo han ido formando nuestro entrañable paisaje ciudadano. Una ciudad sin jardines me la ima-

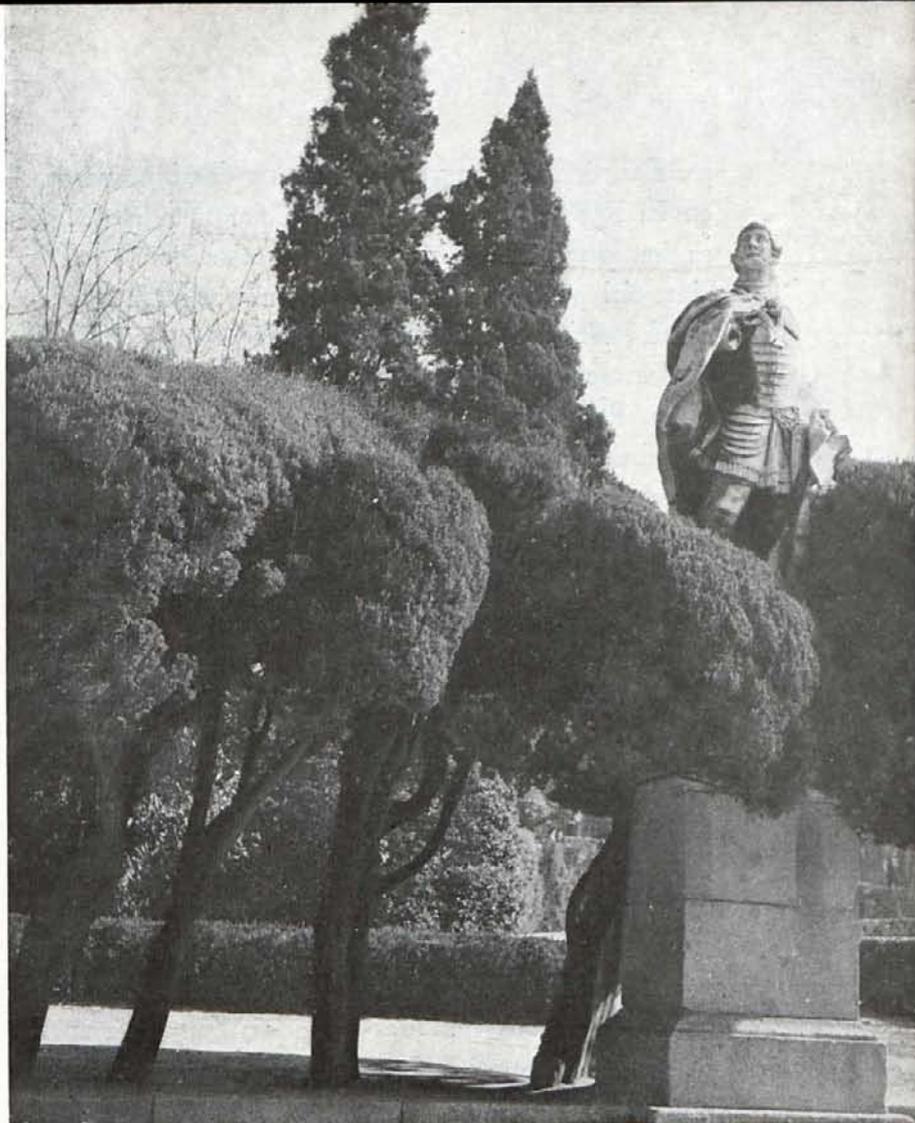
poco tristón, salta de banco en banco. En esos parques quizá resida lo más puro de la ciudad. A sus puertas se abre el paréntesis de lo que no se vende ni se compra; de lo que está fuera de la especulación diaria. Por eso en ellos se refugian los fragmentos más limpios del alma multitudinaria: la mano inocente

Una de las estatuas del Paseo monta en guardia.

del niño, el sueño del solitario, el estribillo del amor.

Los dos grandes parques de Madrid, el Retiro y la Casa de Campo, corresponden a dos concepciones diferentes de la jardinería, que se complementan armónicamente. El primero, a pesar de sus ciento treinta hectáreas y de sus noventa mil árboles y arbustos, muy bien podemos considerarlo como un parque doméstico. El segundo es otra cosa bien distinta. Tiene vocación aldeana y forestal; su aire no se temple al cobijo de las casas. Este parque, desgraciadamente, apenas cuenta en la vida de los madrileños, pues es muy poco asequible.

El Retiro fué abierto al público por el soberano deseo de Carlos III, el rey alcalde. Ha conocido fiestas de infantas y noches de jolgorio, en que las bengalas abrían su cascada de luz sobre el buen pueblo de Madrid. En el Retiro, junto a las familiares figuras de las acacias, las castaños y los robles, se alzan las siluetas caprichosas de la floresta americana, como un recuerdo de la gran aventura, plantado en el centro de la capital de las Españas. Por las plazoletas y avenidas del Retiro,



quietos en el bronce o en la piedra de la inmortalidad, nuestros reyes y nuestros poetas toman el sol de las tardes de mayo o se mojan con el aguacero del invierno.

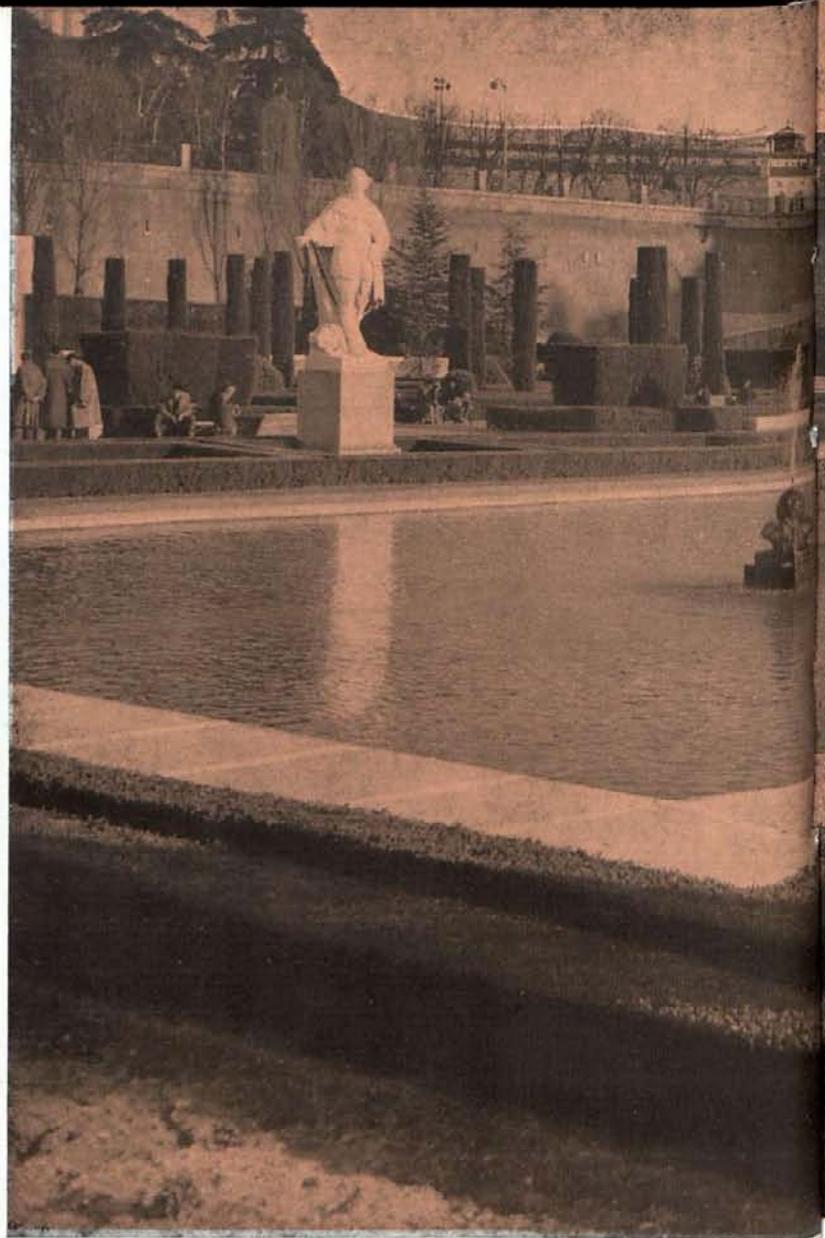
Es natural que en este recorrido por los jardines de Madrid hayamos caído en la tentación de detenernos un buen rato en El Retiro, ya que simplemente el nombre de este parque hace surgir la evocación en los madrileños o en quienes hemos tenido la fortuna de vivir aquí largos años. ¿Quién no lleva prendida en las espaldas del recuerdo el fondo umbroso del Retiro enmarcando una gratísima hora de ayer? ¿Quién no ha cruzado alguna vez la pista del Angel Caído? ¿Quién no se ha acodado en la baranda del estanque para contemplar el desacompasado remar de los de tierra adentro? O, ¿quién ante las jaulas de los leones no ha fantaseado con un imposible safari? El Retiro es, además, monumento nacional en los caminos del turismo y moneda brillante en la nostalgia de los mozos que regresan de quintas. ¡Cuántos labriegos es-

Un bello paisaje del Paseo.

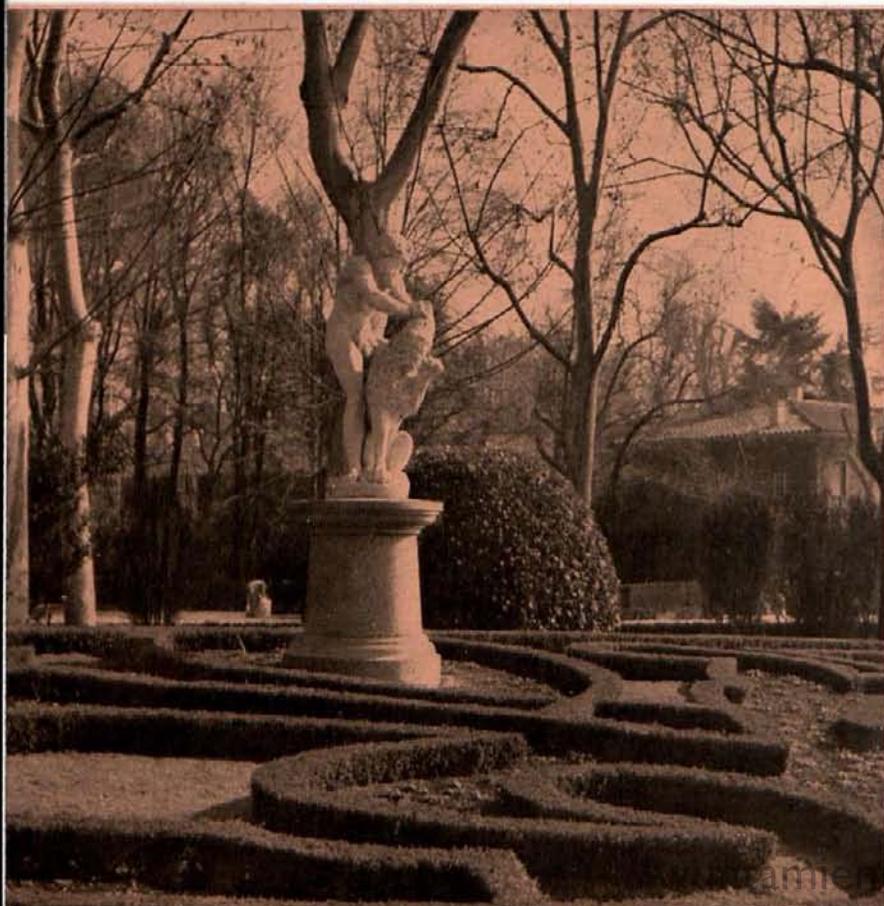
pañoles soñarán con viejas tardes de domingo pasadas en El Retiro! El parque, nacido por mandato regio, se ha ido democratizando hasta calar hondo en el alma del pueblo. Este hecho es una realidad, no sólo en el espíritu popular que lo anima, sino también en el desvelo que por él han tenido los Regidores de la Villa. Recordemos que, aunque creado por Felipe II y embellecido más tarde por el Conde-Duque de Olivares, al convertirse a últimos del XVIII en parque público, el Ayuntamiento contribuyó a sus obras de ampliación con cuarenta y cinco mil maravedíes. —

Para que nada faltara al orden natural de este parque capitalino, las Bellas Artes quisieron esconder entre su fronda notas, líneas y colores. Los conciertos de la Banda Municipal en las noches de estío agrupan a quienes buscan junto a la fresca el son; y los palacios de Velázquez y de Cristal —en los que se celebran las Exposiciones Nacionales de Pintura y Escultura—, guardan durante unas semanas el fuego creador de España, que, como la antorcha de los Juegos Olímpicos, cambia de mano en cada certamen, lanzando nuevos nombres hacia esa fama temporal, que en algún caso puede trocarse, a la larga, en gloria intemporal.

Debemos abandonar El Retiro muy a nuestro pesar, pero el itinerario que se nos ha confiado atraviesa



El Parterre inicia su laberinto.



los demás jardines de la ciudad. Se está tan bien en él —sobre todo en esta época— y atesora tantas posibilidades, que incluso si nos cansamos de mirar las cosas de la tierra podemos ir hasta el Observatorio Astronómico y acercar las estrellas a nuestros ojos.

Ya que hemos salido del Retiro por la calle de Alfonso XII, bajemos al Prado para visitar el Jardín Botánico, esa otra creación carolina que motivó emocionada glosa del maestro Eugenio d'Ors y que dió título, ambiente, personajes y argumento a uno de los cuentos más delicados de la moderna literatura española. Entrar en el Botánico es como hacerlo en una amplísima farmacia al aire libre, en la que el abrotano macho, la hierbaluisa, la menta, el malva-visco, la ruda y el apio aún no han sido metidos en tarros. En el Botánico los niños están como amansados; no juegan violentamente, quizá por miedo a dar



La Plaza de Oriente, abierta entre jardines y estatuas al aire limpio de la sierra, se recuesta en el fondo de esta fotografía en el teatro Real.

una pedrada en ojo de boticario. Y farmacia es en realidad el Jardín Botánico —no sólo metáfora en la humilde pluma de este cronista—, pues en él aún se cumple una orden de Carlos III, por la cual las hierbas medicinales de su herbolaria están a disposición, con carácter gratuito, de quienes la soliciten. Este Jardín tiene una personalidad tan acusada, que no se parece a ningún otro. Sus árboles saben latín, el latín científico que les enseñó Linneo. Sus parcelas llevan el académico nombre de escuelas de botánica, sus arbustos obedecen en el crecimiento y en la floración las leyes del estudio, del laboratorio y del invernadero; y en su aire flota un vago aroma de convalecencia.

Otro estupendo parque de Madrid es el del Oeste. Un parque tan abierto, que casi huye de la ciudad, ansiando fundirse en el paisaje de la sierra próxima. Ese paisaje que supo de luchas y que conoce historias tan leja-

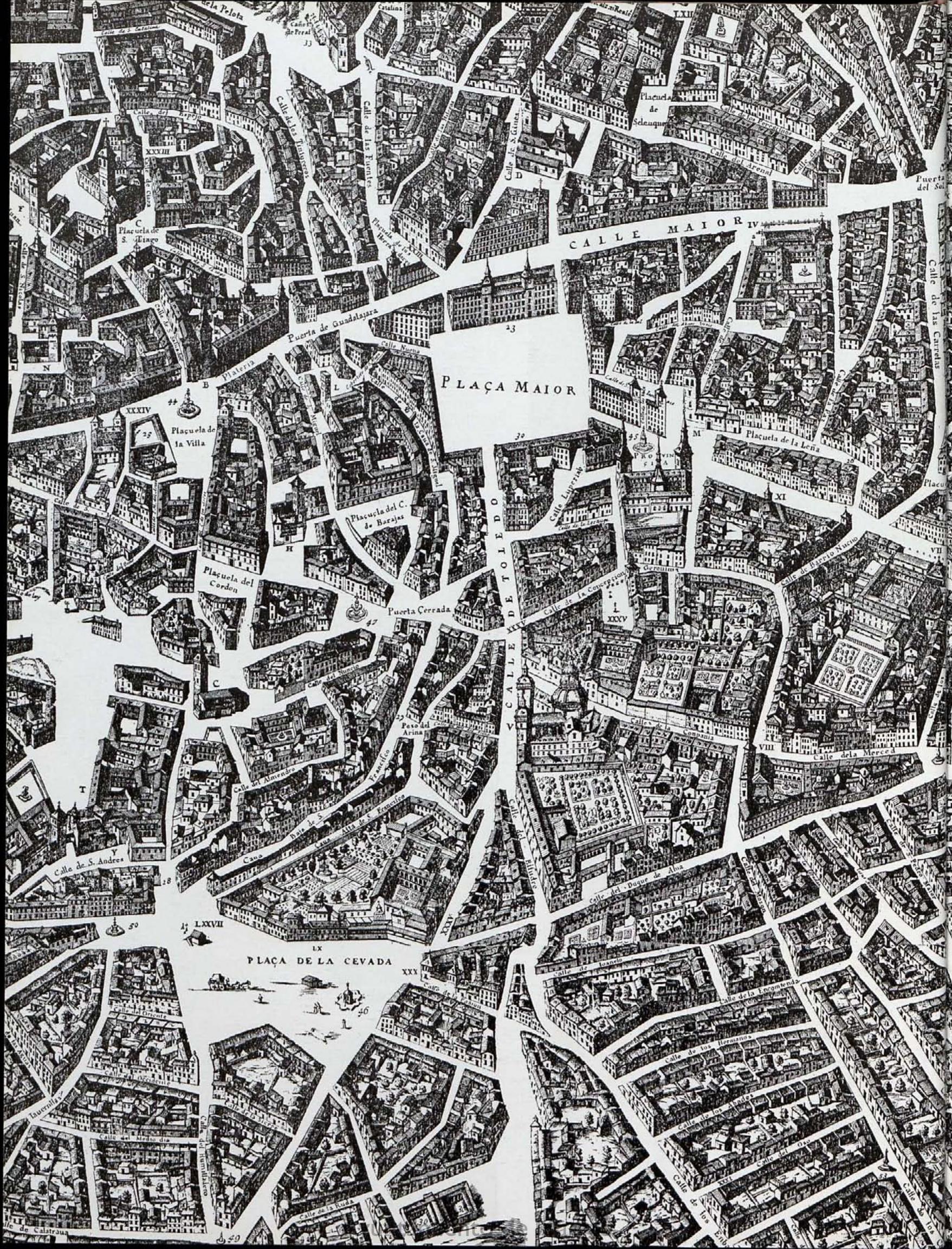
nas que los eruditos consideran leyendas; el que espera puntualmente en su tiempo las nevadas, y en el suyo, también puntualmente, a los veraneantes. Ese paisaje que da pie a que las gentes llanas digan, en los días más fríos de diciembre: «Sopla el aire de la sierra», y para que los pedantes hablen de tonos velazqueños. Hacia esas tierras trata de escapar el Parque del Oeste, muerto en la guerra y resucitado en la paz.

Hermosos son también el parque de la Fuente del Berro, de singular topografía; el de Eva Duarte; los jardines de las Vistillas y los de Sabatini, de breve y relamida arquitectura; los de la Plaza de Oriente y el Campo del Moro, que aún conserva este nombre como último tributo a un rey de los almoravides.

Madrid cuenta además con otros muchos jardines, pequeños e íntimos, y paseos ajardinados, como el del Prado, pero hoy sólo hemos querido hablar de aquellos que por su densidad vegetal se han dado en llamar pulmones de la ciudad.

El paseo del Prado.





PLAÇA MAIOR

PLAÇA DE LA CERVADA

CALLE MAIOR IV

Puerta de Guadalupe

Puerta Cerrada

Plaça de la Villa

Plaça del C. de Barajas

Plaça del Cordon

Plaça de la Leña

Calle de S. Andres

Paseo del Arina

Calle de la Concepcion

Calle de la Merced

Calle del Duque de Alba

Calle de la Encarnada

Calle de los Hermanos

Calle de los Reyes

Calle de la Cruz

Calle de la Reina

Calle de la Victoria

de Calatrava

Puerta del Sol

Calle de las Carreteras

Plaça

Calle de la



método histórico, sin el cual su realidad se nos irá de las manos. No lograremos conocer Madrid sin saber qué fué la población mudéjar de su adolescencia, o la villa del rápido encumbramiento a corte, o la metrópoli que empezó a sentir la melancolía del ocaso, o el reverdecido e ilustrado Madrid de los borbones, o el progresista del marqués de Salamanca. Porque todos aquellos madriles no sólo fueron, sino que son.

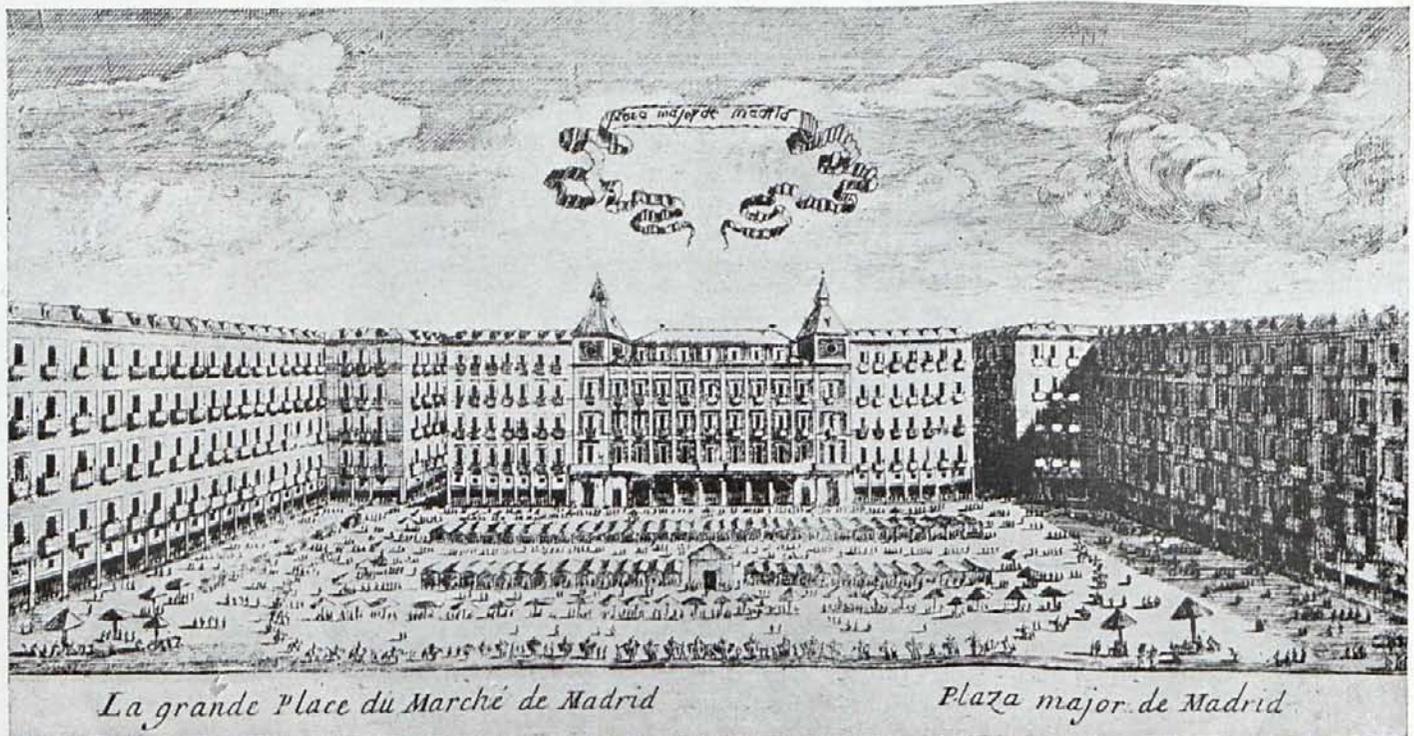
Están presentes en el Madrid que habitamos, en las estructuras físicas, calles y encrucijadas que forzosamente tenemos que recorrer, en las costumbres, sentimientos y formas de vida en que este pueblo carpeto-vetónico ha ido cristalizando.

Ahora nos interesa explicar algo de lo que queda del Madrid de los Austrias, más o menos soterrado, pero implícito y vivo en el Madrid de hoy. Aquel Madrid que realmente inició el Rey Prudente, elevándolo al ápice del poder político con la facultad omnívota del que puede escoger sus favoritos y encumbrarlos desde la nada. ¿Qué hubieran pensado ciudades venerables como Burgos, Toledo y Sevilla, cuando aquel Madrid adolescente, sin apenas títulos ni experiencia, subió de súbito al gobierno de todas ellas, dejándolas pronto atrás en brillo, actualidad, fama y fortuna, ya que no en otras cosas, como alcuernia, grandeza y monumentos, que sólo el tiempo va poco a poco sedimentando?

Fué precisamente el año 1561 cuando Madrid se convirtió en corte, empujando un nuevo y grave destino. Pronto celebraremos el cuarto centenario de aquel Madrid, y bueno es que vayamos evocando lo que representó en aquellos tiempos nuestra primera ciudad, la de todos los

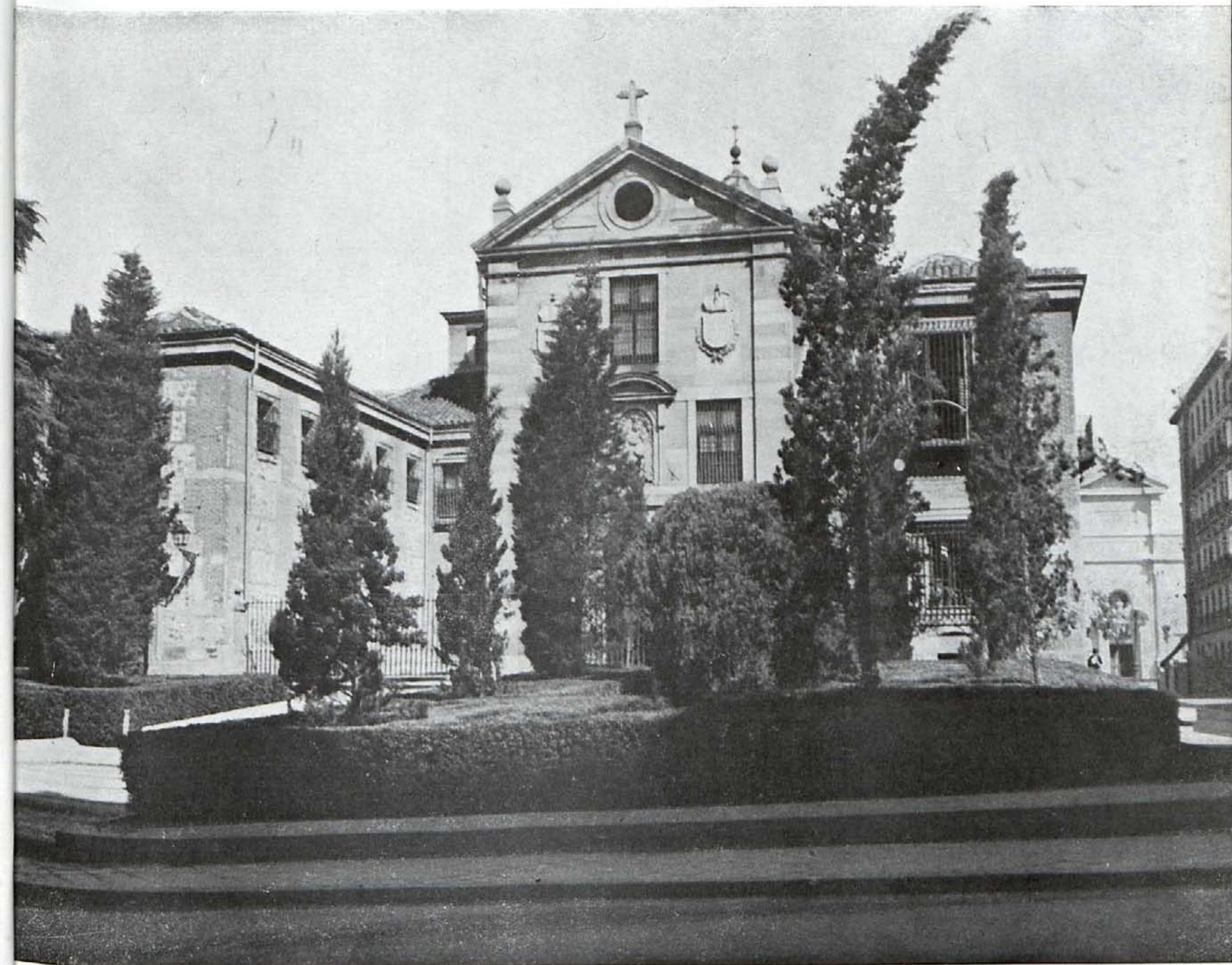
españoles y aun de los que no lo son. Porque las grandes ciudades son patrimonio de todos. Incluso al hombre de la aldea más remota, sin que se dé clara cuenta de ello, puede llegar el consuelo de que existen Roma, París, Pekín o Filadelfia y que en ellas se guarda un sagrado depósito de la humanidad. Los hombres vienen de muy diversas partes, de aldeas y villorrios distantes. Los acontecimientos se fraguan en el difuso mundo, pero siempre la ciudad es un punto de convergencia, lugar de la acción, donde todos los procesos se comprimen se esquematizan y aceleran; horno de combustión social. Queda luego el recuerdo, y la ciudad se convierte en archivo. Por eso la ciudad es, entre otras cosas, una reliquia viva. Por ser historia es reliquia, y por eso podemos hoy hablar con perfecto sentido del Madrid de los Austrias.

¿Qué nos queda a los madrileños de aquella ciudad apresurada, crecida a la diabla y como por ensalmo, que vió en un espacio de tiempo, dolorosamente fugaz, cómo desde el cenit del poder y la fortuna se pasaba al ocaso y a la decrepitud? Capital de un imperio donde no se ponía el sol; luego, cada vez más estrecha, angustiada y oprimida entre tapias de convento, fantasmas



La grande Place du Marché de Madrid

Plaza mayor de Madrid



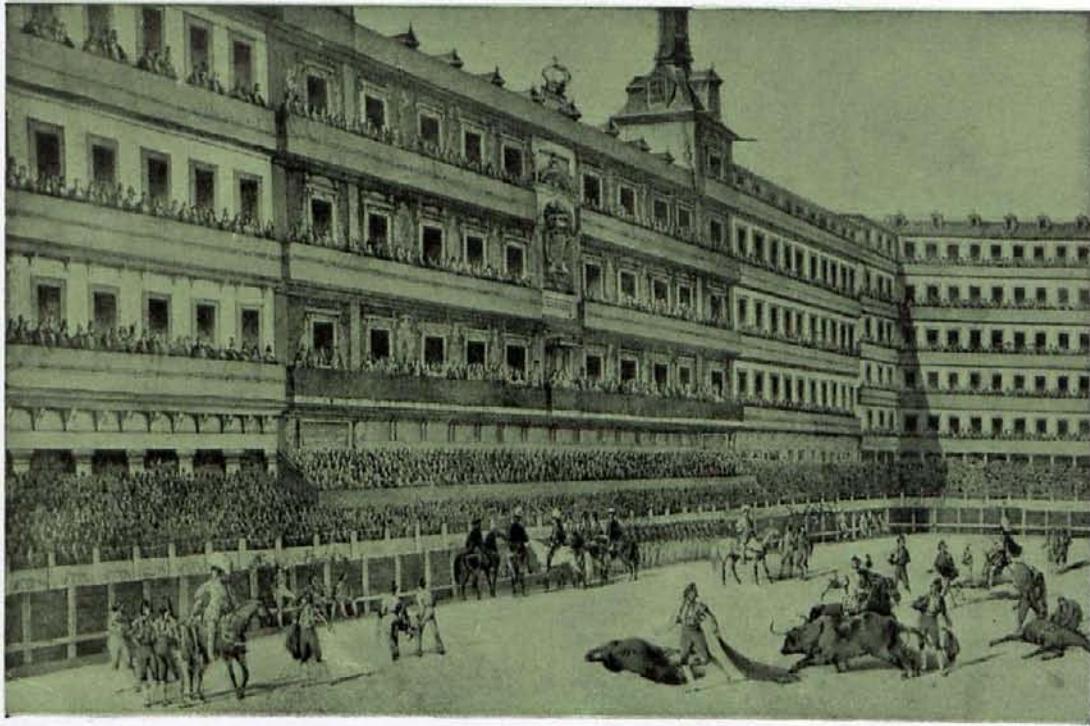
Fachada principal del convento de la Encarnación. El recoleto jardín parece querer distanciar la tranquilidad mística de los claustros de los ruidos de la calle

ultramundanos y miserias de intriga y concupiscencia. De aquel Madrid nos queda, por lo menos, un retrato, un gran retrato, uno de los mejores que se han hecho nunca de una ciudad en un momento dado. Era el año 1656. Exactamente en las mismas fechas, 1655-1656, pintó Velázquez dos soberbios retratos de Felipe IV, ya cansado, con los rasgos marchitos y una mirada llena de implorante desesperanza. En 1656 se

pintaba también el más alto documento de aquella corte confinada: «Las Meninas».

En una época de grandes retratistas, Madrid tuvo también su pintor de cámara: el geógrafo don Pedro de Texeira, que tan puntualmente describió su topografía, sin dejar un detalle ni una arruga de aquel rostro múltiple y social sin su debido inventario. El plano de Madrid de Texeira tiene también pers-





Este grabado nos lleva a los viejos tiempos en que la Plaza Mayor cambiaba su destino regio y su destino popular por el juego trágico de la corrida de toros

pectiva, lejanía, ambiente, atmósfera. No en balde está pintado el mismo año que «Las Meninas».

El entorno o ambiente que rodea a Madrid y nos describe con su minucia el buril agudo del grabador, es desolado y yermo. Para entonces ya habían desaparecido las huertas, almunias y vergeles que nos elogian los viejos cronistas y nos puntualizan antiguos documentos.



Por unas ordenanzas del Concejo, dadas en 1380, para la guarda y policía de los frutos y productos del campo, sabemos lo ameno de los alrededores de Madrid. Vergeles, huertas y jardines indican a las claras un pasado musulmán que, por ventura, se mantuvo en la ciudad mudéjar que fué el Madrid medieval. Pero de ésto, ¿qué quedó a mediados del siglo XVII? Virtualmente, nada, si se hace excepción de los cotos de caza, de los jardines de la Casa de Campo y el Buen Retiro y del Olivar de Atocha. La ciudad responde al pie de la letra a su condición eminentemente aristocrática. Salvo los cotos reales, desolación y aridez. La ciudad ya no se ocupa de los beneficios de la agricultura, ni sabe gozar del honesto recreo de la naturaleza. Está ocupada en intrigas cortesanas, en escaramuzas de antecámara, en picardías lacayunas y, en el mejor de los casos, en místicos coloquios. Con los Austrias, Madrid se ha convertido en una típica ciudad conventual, de ambiente opresivo y misterioso, lleno de seducción. Pero hay algo que salva a este Madrid y lo eleva a su máxima gloria: el Teatro. Madrid, entre tanto rezar, encontró su válvula de expansión en las diversiones de la farándula, que obtuvieron salvoconducto dando su parte a las

obras pías. Los teatros y «corrales» de Madrid eran propiedad de instituciones benéficas, como luego lo fueron, y lo son todavía, muchas de nuestras plazas de toros. La diversión halló la mejor manera de legitimarse contribuyendo con sus recursos a mitigar el dolor humano. Así consiguió el pueblo de Madrid que Felipe III abriera los teatros que Felipe II había cerrado en 1598, poco antes de su muerte.

En Madrid adquirió tal preeminencia la vida teatral, que sólo Londres podía comparársele en este aspecto. Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, son los héroes indiscutibles de aquel Madrid, «tablado famoso», capital del arte dramático nacional, cuyo imperio no se ha desvanecido con el tiempo, porque su semilla ha fructificado con universal y perenne lozanía.

Madrid mismo debía parecer entonces un escenario de comedia de capa y espada, lugar propicio para que se desarrollara aquella sociedad galante y formalista entre desafíos y requiebros, entre miradas cortantes como espadas y espadas desnudas como labios. Aquel Madrid de las *Bizarrías de Belisa* o del *Anzuelo de Fenisa*, en el que vida y teatro se confunden, sin que podamos precisar si el teatro fué el alquimista de la vida o fué la vida la que dejó en el crisol de la ciudad las sales del teatro.

Madrid, en su sobrio paisaje velazqueño, en su entorno yermo y silencioso, como uno de esos fondos opacos del maestro, está lleno de picardía, de movimiento, de ingenio, como si lo uno compensara lo otro. Como es propio de lo español, el alma resplandece y anega la pobre envoltura corporal. Porque ésta, tal y como la describe Teixeira, es destartalada y miserable, más pueblo grande que orgullosa corte, con muchas casas de un solo piso —«casas a la malicia»— y amplio corralón manchego, con conventos que más parecen agregados de construcciones heteróclitas que conjuntos ordenados por el arte, con calles que tienen andadura de caminos entre sembrados y terrizos y no despliegue urbano para servir de nexo a plazas y monumentos; con filipenses chapiteles de pizarra como única nota de despilfarro ornamental, y para eso, más preocupados de su afiligranada agudeza que de su propopeya arquitectónica. Los chapiteles son en el aire fino de Madrid

Las Descalzas Reales, fundación de doña Juana de Austria, hija menor de Carlos I y madre del infortunado don Sebastián de Portugal



Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

una frase llena de ingenio y mordacidad, nunca pesados y siempre cáusticos. Había uno casi en cada esquina y desde luego encima de cada torre, fuera ésta de alcázar o de iglesia, o humilde apéndice de una escalera. Ya se han ido los más de ellos y pueden contarse con los dedos los que nos quedan. Se han marchado, naturalmente, los más humildes, los que por su pequeñez y esquiva gracia perfumaban más lindamente el aire madrileño. Para verlos ahora en lo que fué su ambiente, tenemos que ir a buscarlos en Alcalá de Henares, Navacarnero o Colmenar, ponemos por caso; es decir, en aquellos lugares de historia más pausada que por falta de crecimiento han conservado más incólume un pasado común.

El Madrid más florido de los Austrias estaba en torno a la Plaza Mayor, el gran cuadrilátero preconizado por Felipe II y Herrera y que llevó a buen fin Gómez de Mora e inauguró Felipe III con las solemnes fiestas de la beatificación de San Isidro, el año 1620. En esta plaza Mayor habitaban unas 3.000 personas, y al requerirlo las festividades podían sus balcones alojar no menos de 50.000 espectadores. Era todo en uno: mercado, ágora y coso, y lo mismo los dramáticos autos de fe que las alegres corridas de toros se encuadraban en su rígida simetría, al igual que en un marco gigante. La estatua ecuestre de Felipe III, que tan oportunamente dedica la plaza, se trasladó aquí desde el parterre de



En la plaza de la Provincia se alza pleno de armonía el palacio de Santa Cruz, hoy residencia del Ministerio de Asuntos Exteriores

la Casa de Campo, el año 1848, después de una regia corrida de toros, que forzosamente tuvo que ser la última, pues no era propio ni cómodo que el monarca sirviera de permanente Don Tancredo. Hoy, la curtida Plaza Mayor vive de su historia y, como dice Ramón Gómez de la Serna, sirve de brasero de Madrid los días de frío y sol.

De la Plaza Mayor salen dos calles que en otro lugar he llamado las calles imperiales de Madrid: Toledo y Atocha, y la roza tangente otra que fué arteria principalísima del Madrid que evocamos, tan ligada a la vida y andanzas de Lope y Calderón, tan rica de sucesos históricos y literarios. Acaso de las tres, la calle de Atocha, por su trazado, su pergeño y sus edificios, fuera la más característicamente filipense. Sale de la Plaza por un arco del costado de Oriente y al principio se llama, sin que sepamos por qué, calle de Gerona. Pronto desemboca en la plaza de la Provincia, que todavía es uno de los ambientes más sugeridores de la capital de los Felipes, aunque se hayan perdido la antigua parroquia de Santa Cruz y la espléndida iglesia churrigueresca de Santo Tomás. Pero queda, para nuestro deleite, el estupendo palacio de la Cárcel de Corte, llamado hoy de Santa Cruz, que es el mejor edificio civil de la villa. Gracias a su imperialísima prestancia, la diplomacia española puede vivir en el marco de su pasada grandeza.

Después de Santo Tomás venía el extenso y celebrado convento de la Trinidad, para el que diera trazas nada menos que Felipe II, y algo más abajo, en la acera de enfrente, la parroquia de San Sebastián, incendiada durante la pasada guerra y reconstruída de forma muy diferente. En tiempos tuvo su pequeño cementerio, donde la incuria aventó las cenizas de Lope de Vega. Al mismo lado estaba luego el Colegio Real de Nuestra Señora de Loreto y Montserrat, y enfrente, el convento de la Magdalena y el de Santa María de los Angeles, ya en Antón Martín, fundación de doña Leonora Mascareñas, aya que fué de Felipe II. Era, pues, esta calle de Atocha, que en pocos años de mal entendido progresismo se quedó sin historia y sin monumentos, paradigma del Madrid seiscientista y reliquia, por tantas memorias, del primero de los Felipes; calle ilustre y de fuerte carácter que, al correr del tiempo, se



ha convertido en una vía burguesa y sin espíritu.

Desgraciadamente, este ensayo de restitución histórica podríamos repetirlo con otras calles, plazas y barrios del Madrid antiguo, y el resultado sería igualmente desolador. Llegaríamos a la conclusión de que el Madrid de los Austrias ha sido mucho más castigado por los agentes corrosivos del tiempo y de la incompreensión de los hombres que el Madrid de los Borbones. Las causas son obvias: el Madrid de los Austrias es más antiguo y ha dado más tiempo al tiempo para realizar su labor. Los monumentos borbónicos, justo es decirlo, se construyeron también con más solidez y magnificencia, y por ello y por ser más acordes con los gustos y la estética del siglo XIX se hicieron respetar más. Por último, gran parte de los edificios del período austriaco eran religiosos, y ya sabemos que la desamortización y las reformas liberales del siglo pasado se aplicaron concienzudamente a su desaparición en aras del progreso. Factor importantísimo en estas transformaciones históricas es el de las preferencias estéticas de cada época. Es propio de la historia destruir formas antiguas en provecho de otras nuevas, y suelen salvarse mejor aquellas que, siendo antiguas, sintonizan mejor con la mentalidad de la época sucesiva.

Aquellos conventos austeros y algo sombríos, con muros de ladrillo o

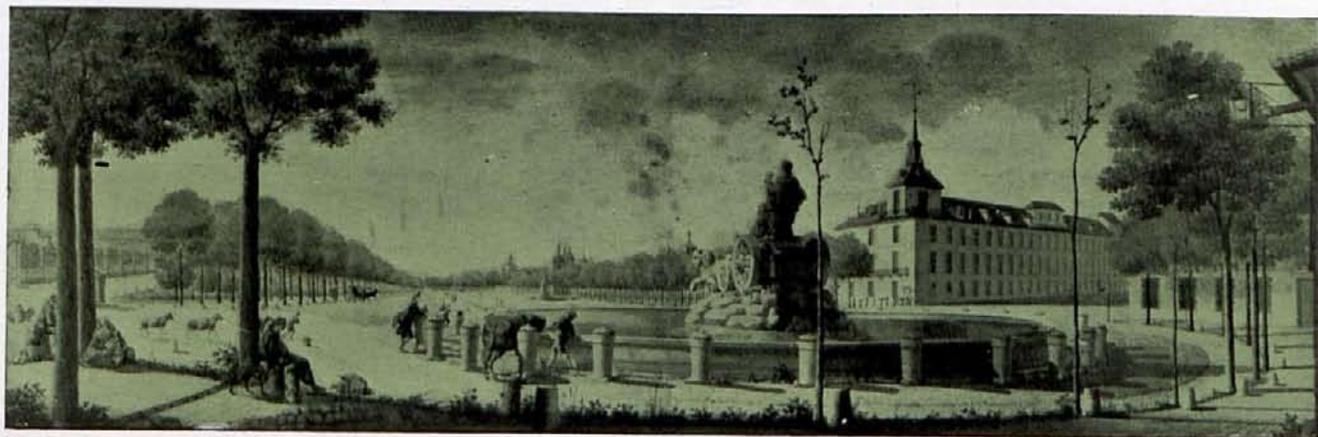
tapial y portadas berroqueñas, no decían nada a los espíritus décimonónicos, herederos del gusto neoclásico, y menos a los representantes del eclecticismo de finales de siglo. Hoy la cosa sería diferente, dada la notable evolución que han sufrido las preferencias estéticas. Lo mismo que ahora admiramos un paisaje de Ortega Muñoz, austero hasta la mortificación, así estos viejos conventos castellanos, de seco y mondo ladrillo, nos conmueven y emocionan más que la suntuosidad

empalagosa de mármoles y estucos. Para demostrarnos lo que eran los desaparecidos, basta contemplar los que por ventura, quedan, sobre todo los conventos de Las Descalzas y La Encarnación, reliquias inestimables del viejo Madrid.

Si una ciudad, por su condición de ente histórico, es siempre la misma y nunca lo mismo, la mejor y más afortunada evolución que puede tener es la que equilibre las tensiones, que son las dos riendas que la dirigen a través de los años y

los siglos. Tradicionalismo y progreso, en inteligente equilibrio, han hecho posible las grandes ciudades que hoy admiramos. Gracias a este equilibrio, Roma, París, Amsterdam o Viena son hoy lo que son.

Nuestro deseo más ferviente sería que Madrid aprendiera la lección. Pero, por desgracia, el auriga que nos conduce sigue dando tirones descompasados de sus riendas y nuestro carro urbano sigue dando tumbos por el ancho campo de la historia.





MUSEO
DEL
PRADO

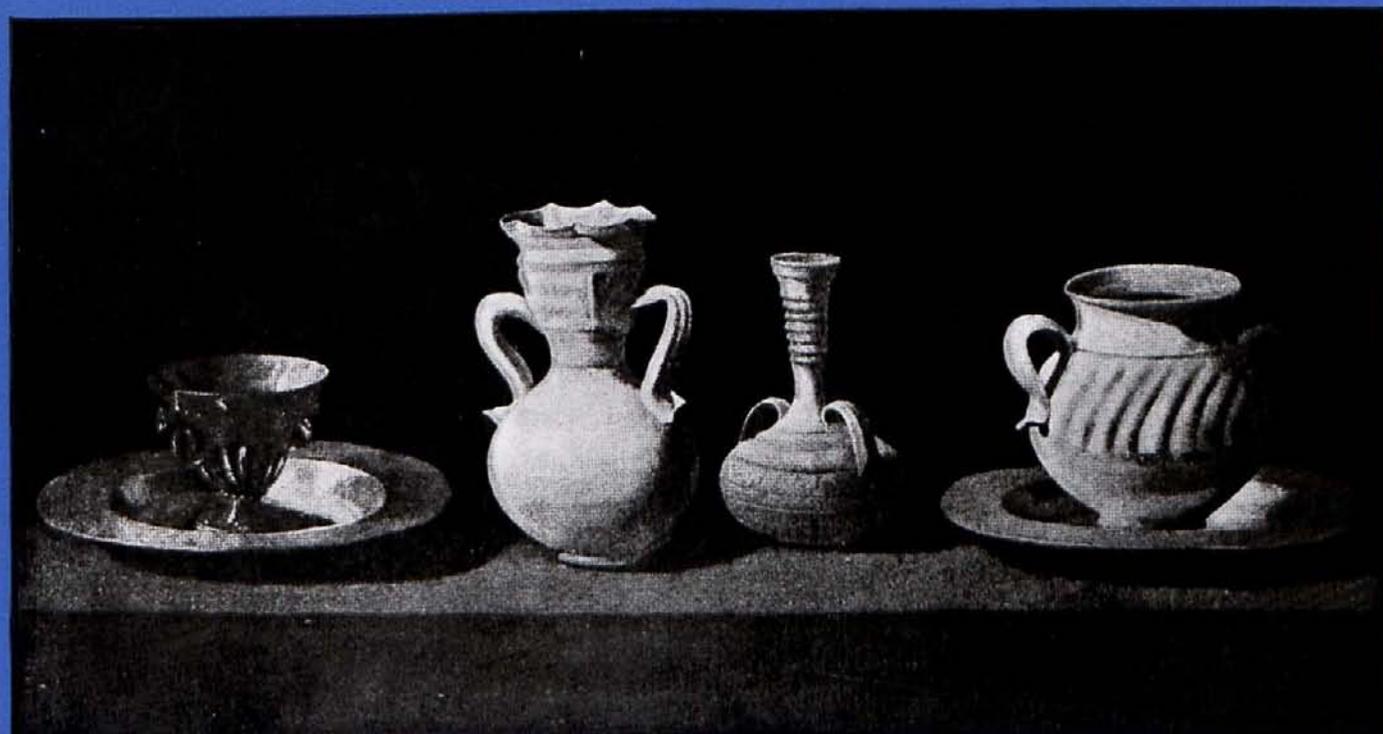
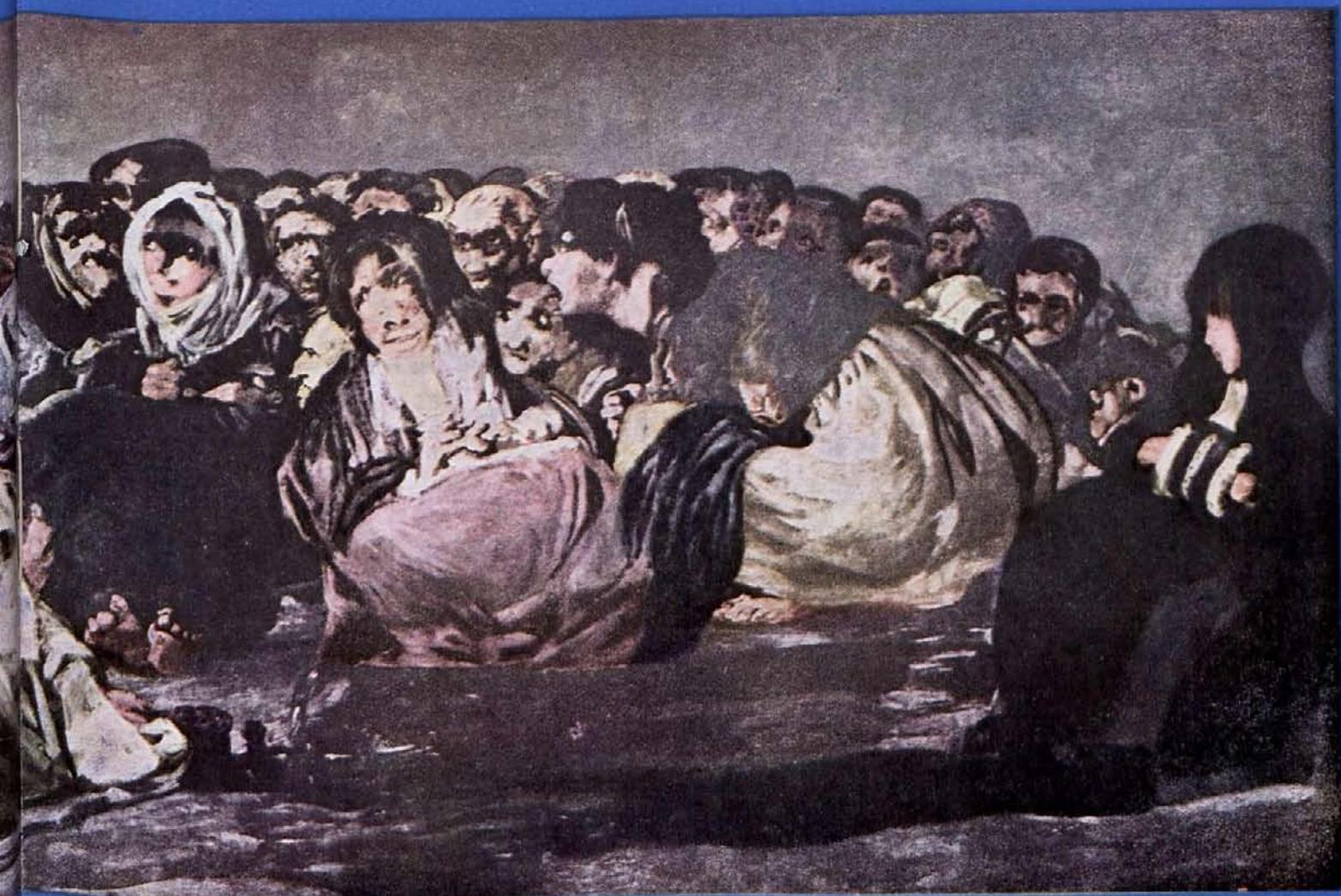
Ayuntamiento de Madrid



El Museo del Prado es tal vez la cátedra más elocuente de arte pictórico que existe en el mundo. Una cátedra donde las lecciones se explican en el mágico idioma del color. De ahí que sus enseñanzas sean asequibles a todos los hombres del globo (nos gustaría conocer una estadística detallada de sus visitantes; en ella hallaríamos gentes de las más diversas nacionalidades, razas y religiones). Por eso, en este número dedicado al Madrid turístico no podía estar ausente el Museo del Prado.

Nuestra primera pinacoteca constituye además una parte de la herencia que España ha legado a la cultura; no sólo en el genio de sus pintores, sino también en la sensibilidad estética de sus monarcas, que tuvieron el acierto de incorporar a la corte grandes artistas extranjeros.

En esta muestra que hemos elegido del Museo del Prado están representados los grandes de nuestra pintura: Diego Velázquez, el absoluto; el místico, Greco; D. Francisco de Goya, épico y jaranero; Zurbarán y Ribera.

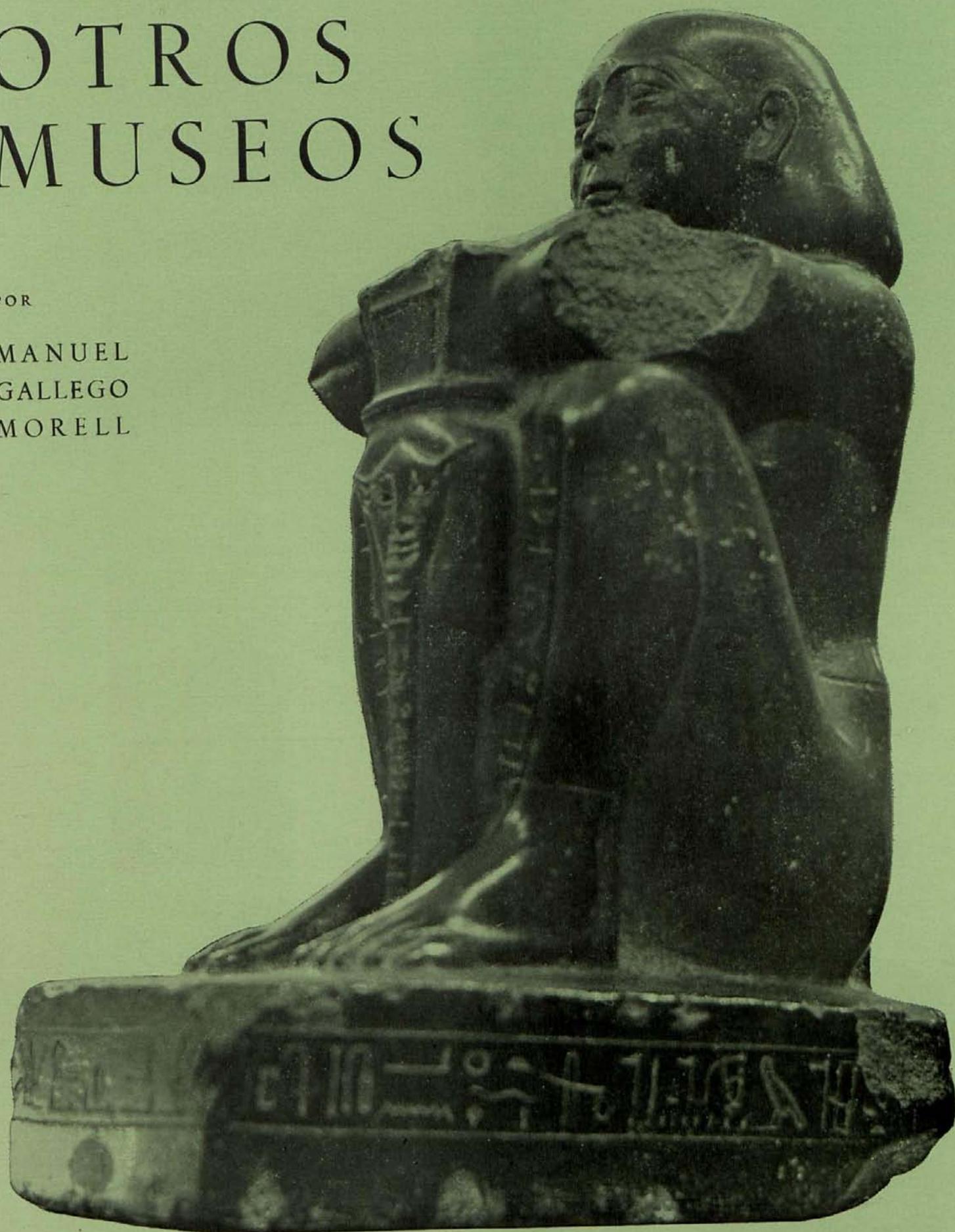




LOS OTROS MUSEOS

POR

MANUEL
GALLEGO
MORELL





Aspecto parcial de la sala de escultura y epigrafía funerarias de las Edades Media y Moderna.

MADRID no es sólo el Museo del Prado, con ser su vértebra más esencial. Hay otros Museos que, menos conocidos, tienen un interés excepcional y una gran riqueza material y espiritual. Pocos Museos quedan ya en la capital, de los que se pueda decir que son asilos o cementerios de obras de arte. La obra de reconstrucción nacional alcanzó, y está a punto de culminar, uno de los más interesantes aspectos de aquélla: la organización y adecuada presentación de los Museos. Al recorrer hoy el turista los más importantes Museos madrileños encontrará, en muy diversos aspectos, la más genuina presentación del Arte, nacido para embellecimiento y dignificación de la vida.

Sin posibilidad de aludir a tanto Museo madrileño, nos centraremos en



Sepulcro de Aldonza de Mendoza del siglo XV.

Detalle de una silla de manos. Sus pinturas se atribuyen a Luis Paret.



Ayuntamiento de Madrid



Doble capitel románico del siglo XIII procedente de Aguilar de Campoo.

forman el ambiente doméstico de toda la primera mitad del siglo XIX. Descuellan un Goya, la sala de Vicente López, obras de Madrazo, Esquivel, Lucas, etc. Porcelanas, lámparas, recuerdos de Larra, retratos de poetas, de políticos, de artistas. La visita hace revivir el ambiente en que fueron creadas las obras allí reunidas, espejo de una época y verdadero santuario de Arte y de Historia.

Entre los distintos aspectos de

Al fondo, armario morisco del siglo XV del Convento de Santa Ursula (Toledo).

este breve recorrido en esos otros Museos, que tienen un interés turístico esencial: Romántico, Pueblo Español y Artes Decorativas.

Fué el marqués de la Vega-Inclán, espíritu que tanto influyó en la vida artística española de los primeros veinticinco años de nuestro siglo, quien animó el empolvado Palacio de la calle San Mateo y urdió la delicada resurrección de nuestro Museo Romántico. Linaje romántico, como pocos, el sector que ocupa nuestro Museo, ya que cerca de él —antiguo Palacio de la Puebla de Maestre— están el de los duques de Veragua, el de los condes de Villagonzalo y el del Museo Municipal, ya en Fuenca-rral. De construcción amplia tiene ese viejo sosiego de toda construcción académica y horizontal. En su interior, junto a su tesorero romántico, un jardín que no contrasta y a la vez moldea su aire nostálgico. El Museo comprende muebles, pinturas, recuerdos históricos y toda clase de objetos que



interés turístico que un país puede ofrecer, quizá ninguno tan importante como el representado por sus modos y elementos tradicionales de su vida. Las costumbres populares, la cultura tradicional ponen de manifiesto, en forma viva y atrayente los rasgos más peculiares de un país. El Museo del Pueblo Español, fundición del Museo del Traje, del Museo del Encaje y del de Arte Popular, ha de tener en su día —una vez ultimada su reorganización— una importancia excepcional. La finalidad es recoger las manifestaciones de la etnografía, folklore y artes populares de España, estudiarlas y catalogarlas con un archivo documental y una biblioteca. El turista verá a

Virgen con el Niño, en alabastro policromado.

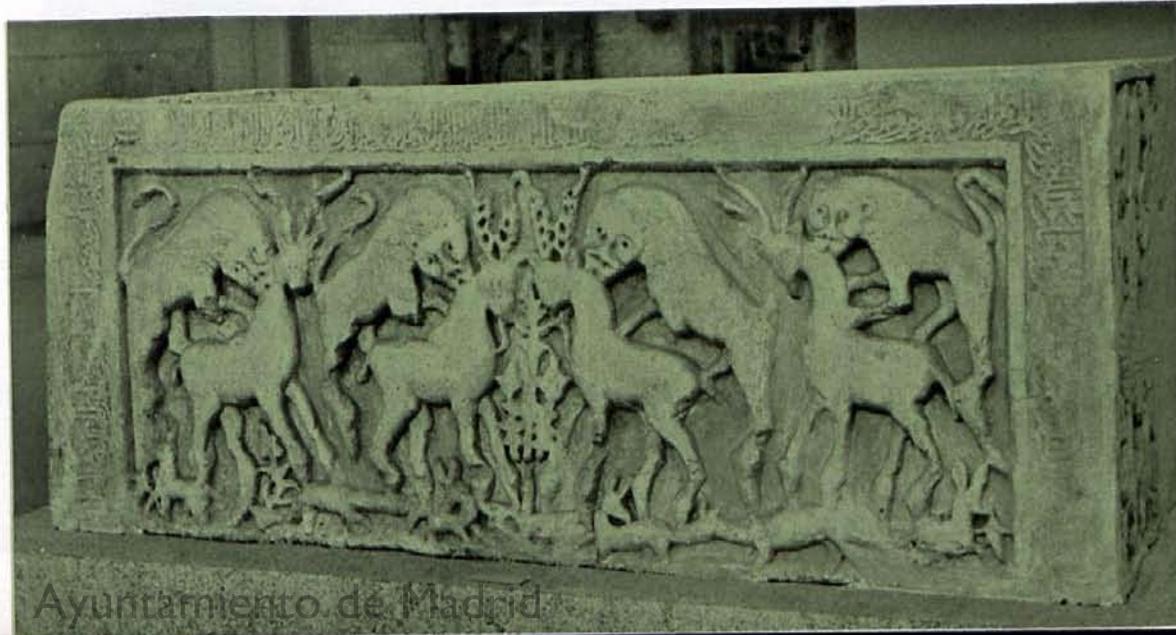


su llegada, junto a una magnífica colección de castañuelas y panderos, los aperos que se utilizan en las faenas agrícolas. Y todo es arte popular en sus mejores manifestaciones: alfarería, cerámica, orfe-



La campana de la izquierda es del siglo XV, la del centro, del XVI, y la de la derecha, una campana de barco fechada en 1788.

Con esta pila de abluciones del siglo X, procedente de Granada, termina nuestro recorrido por el Museo Arqueológico.





En esta doble página les ofrecemos diversos aspectos del Museo Nacional de Artes Decorativas. Mesa del siglo XVI, que se halla en el salón de tapices.

brería, bordado, talla o forja. Y dando vida a este conjunto, cientos y cientos de trajes, antiguos y auténticos de todos los pueblos españoles. Mas para lograr su verdadera finalidad, el Museo del Pueblo Español debe tender a ser un Museo vivo, mostrando cada una de las facetas de la vida y actividad

populares, de modo que se conjuguen el rigor etnográfico, la finalidad pedagógica y el aspecto creativo.

El Museo de Artes Decorativas completa este breve tríptico de Museos madrileños de un gran futuro turístico. Museo lleno de belleza, pulcro, interesante, en el que



Otro detalle de los muebles



Colección de cerámica de Teruel.

En esta foto podemos contemplar en conjunto la sala del siglo XVI.



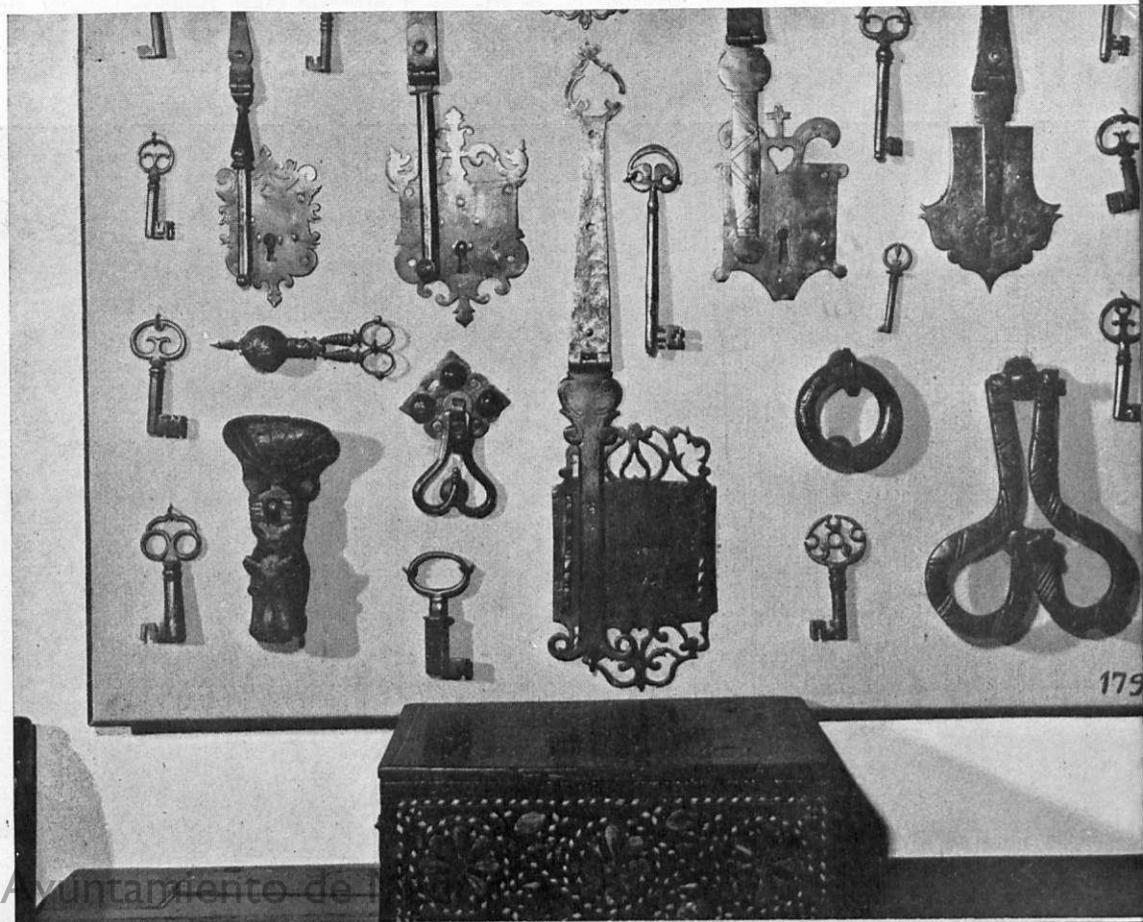
les que componen la sala del XVI

Colección de hierros populares.



también la vida y costumbres españolas tienen una esencial trascendencia en su visita. Los fondos están constituídos por donaciones, adquisiciones y depósitos procedentes de diversas colecciones. Comprende series de todo género de artes decorativas, entre las que descuellan colecciones de cueros,

cerámicas, vidrios, tejidos y bordados; muebles españoles de los siglos XVI y XVII; alfombras de Alcaraz; artesanados mudéjares de León y Toledo; esculturas e imágenes de Nacimientos; arte de Extremo Oriente; antiguas cocinas españolas. La instalación sigue un orden cronológico, respondien-





En el Museo del Pueblo Español hallamos este rincón, donde el traje del picador nos transporta a las soleadas tardes de los cosos taurinos.



Un aspecto del salón isabelino del Museo Romántico.

do dentro de cada época a un criterio más artístico que sistemático. De singular ambiente, devoción y belleza son las exhibiciones

de Nacimientos que el Museo organiza en los días de Navidad.

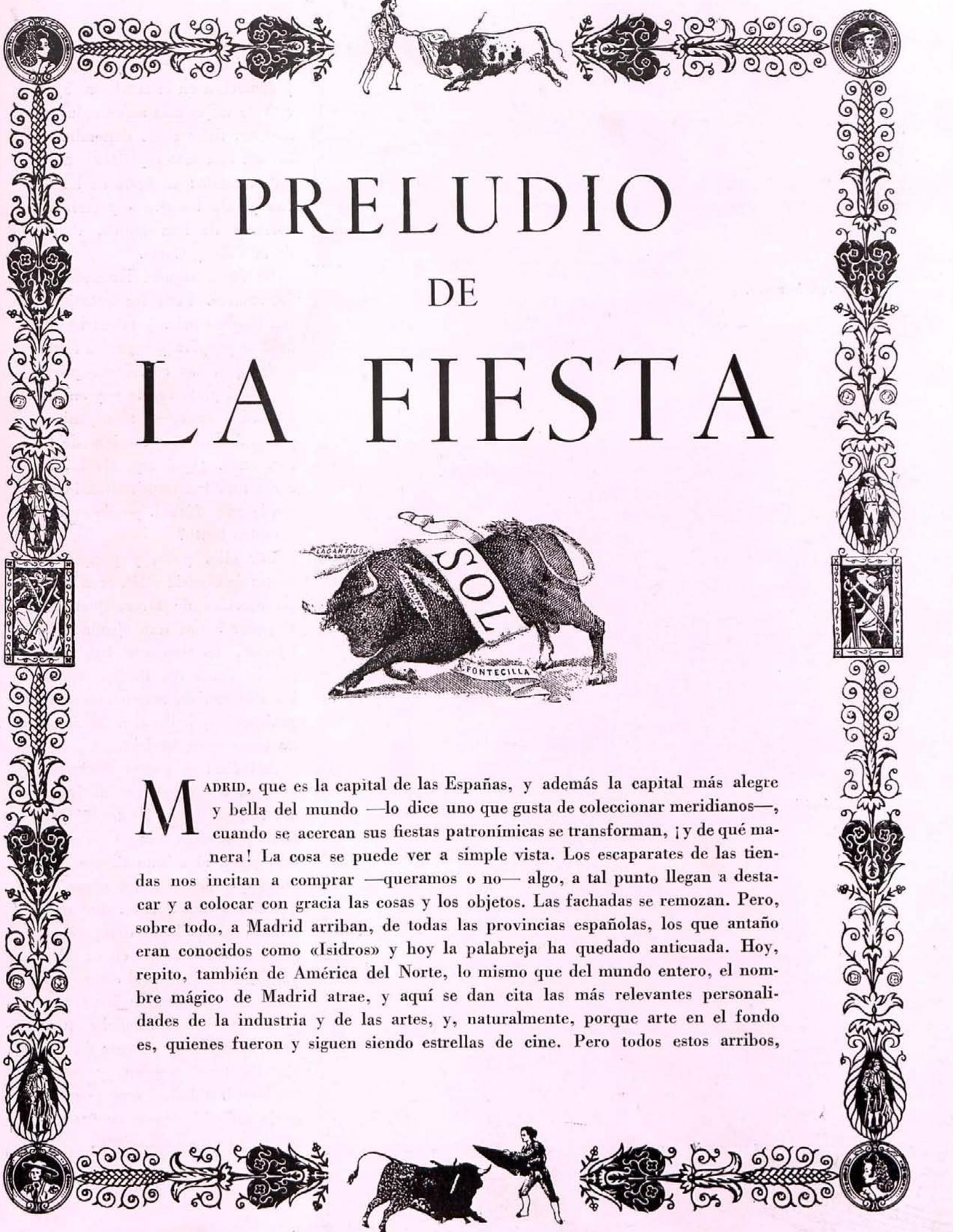
Calle de San Mateo, Plaza de la Marina Española, calle de Mon-

talbán... Tres bellos sectores de ese Madrid, cuyo corazón artístico está en su Paseo del Prado. Pero el recorrido es sólo inicial, casi de referencia, porque su tesoro de Museos casi es inagotable: Lázaro Galdiano, Cerralbo, Arqueológico Nacional, del Siglo XIX, de Arte Contemporáneo, de América, del Ejército, Naval, de Reproducciones Artísticas, de Arquitectura, del Teatro, Sorolla, Municipal... Inagotable recorrido, porque inagotable es la belleza que encierran estos, y tantos otros, Museos de nuestro Madrid, emporio de clasicismo y de romanticismo, sede del Arte.

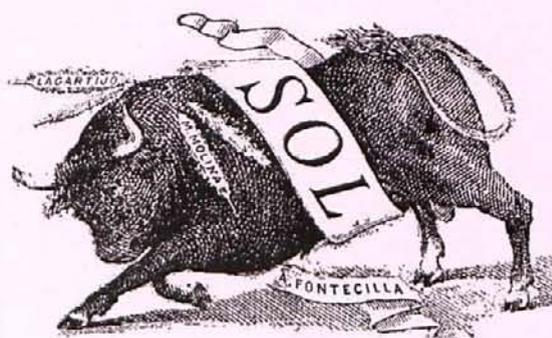
En esta otra estampa vemos un clavicordio de Colmenarejo.



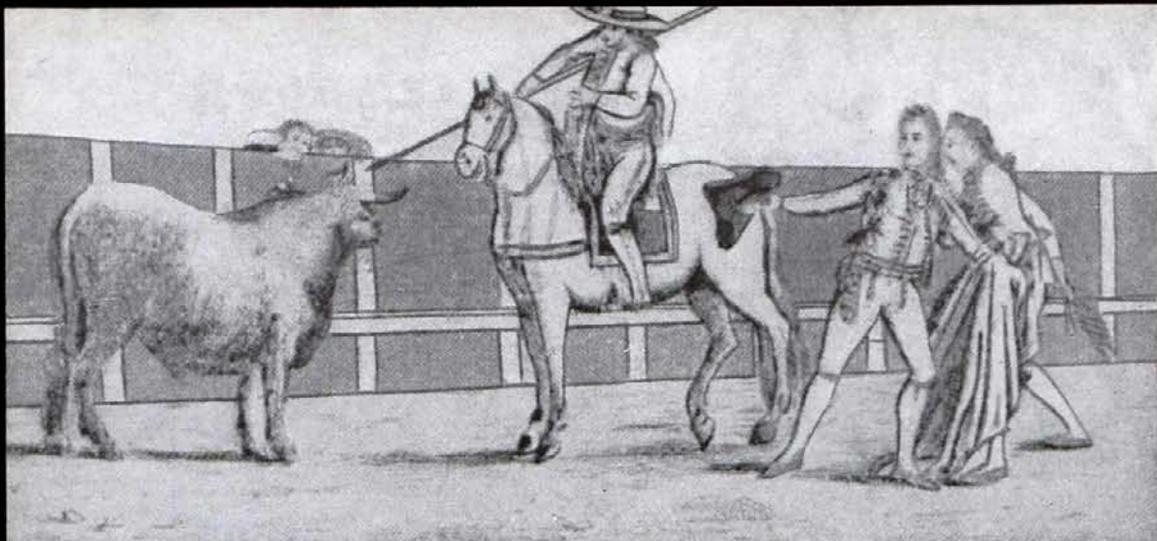
Entornamiento de Madrid



PRELUDIO
DE
LA FIESTA



MADRID, que es la capital de las Españas, y además la capital más alegre y bella del mundo —lo dice uno que gusta de coleccionar meridianos—, cuando se acercan sus fiestas patronímicas se transforman, ¡y de qué manera! La cosa se puede ver a simple vista. Los escaparates de las tiendas nos incitan a comprar —queramos o no— algo, a tal punto llegan a destacar y a colocar con gracia las cosas y los objetos. Las fachadas se remozan. Pero, sobre todo, a Madrid arriban, de todas las provincias españolas, los que antaño eran conocidos como «Isidros» y hoy la palabreja ha quedado anticuada. Hoy, repito, también de América del Norte, lo mismo que del mundo entero, el nombre mágico de Madrid atrae, y aquí se dan cita las más relevantes personalidades de la industria y de las artes, y, naturalmente, porque arte en el fondo es, quienes fueron y siguen siendo estrellas de cine. Pero todos estos arribos,



Suerte de varas.



Banderillas.



Quite.

que prácticamente empiezan con las ferias de Sevilla y de Jerez, y controlan en el fondo las agencias de viajes más acreditadas del mundo, tiene como denominador común una cosa españolísima por antonomasia: la fiesta de los toros y, de manera especial, las corridas de San Isidro, Patrón de la Villa y Corte.

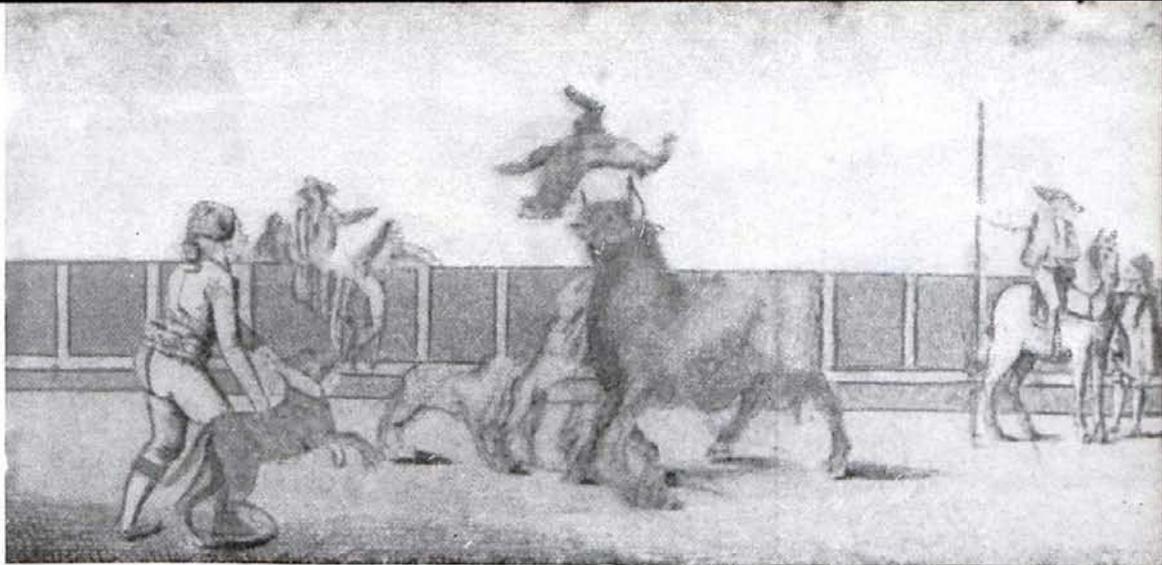
La fiesta seguirá teniendo sus detractores. Pero los entusiastas son muchos más. Y mientras Madrid se prepara y organiza fiestas y festejos, las corridas seguirán siendo el plato fuerte —y en este año bien se ve—, al organizar, y con éxito, once corridas de toros, once. ¿Qué espectáculo, incluso uno tan multitudinario como lo es el fútbol, puede organizar otro tanto?

Por ello, pues, y porque las fiestas de Madrid están basadas en las corridas de toros, queremos empezar a dar una ojeada a las mismas, exactamente hablando, por la Venta del Batán, uno de los aciertos, en arquitectura, organización y belleza, de la Semana Grande de Madrid.

Allí fácil es ver al aficionado de pro, o al ganadero distinguido, contemplando los toros apartados para cada una de las corridas, pero, al mismo tiempo, esa masa que acude a las plazas, y que fiel a una afición, que nada ni nadie podrá hacer desaparecer, gusta de contemplar, en su salsa, ya que no puede ir al campo salmantino o andaluz, la fina estampa de los toros. Y he dicho en su salsa, porque en la Venta del Batán los toros pueden, y están, tan bien instalados, aunque en espacio reducido, como en sus respectivos campos de origen.

El toro, contrariamente a lo que puede creerse, es uno de los animales más nobles de la creación. Yo recuerdo, cuando acompañé a noventa y tres toros pertenecientes a la ganadería de don Antonio Pérez Tabernero, desde San Fernando, la hermosa finca salmantina de tan popular ganadero, al Campillo de Extremadura, no por carreteras, sí por montañas y cañadas, que es la estampa que en el Batán se puede admirar en pequeño, yo lo podía hacer a cada instante. Porque el toro, siempre, invierno y verano, está en el campo y sin que jamás duerma o descanse a cubierto. Nieve o caigan torrentes de agua, el toro seguirá en el campo, y casi es un auténtico milagro esa su llamémosle resignación. ¿Qué animal hace otro tanto, si no son los de las selvas más o menos vírgenes? Ninguno. Y quizás por ello conserve esa bravura, gracias a la cual, la fiesta ha ido calando en el corazón del aficionado, lo mismo que de los artistas, que muchos y bellísimos cuadros nos legaran.

En la Venta del Batán, y por los días de las corridas de la Semana Grande, es el punto de cita y de reunión de todos los aficionados de España. Cada uno comenta y recuerda sus cosas. Las evocaciones están al orden del día. Pero la estampa, es tan, pero tan española, que uno no puede menos que proclamarlo. Porque todo ello tiene lugar en el recinto de la Casa de Campo y bajo un cielo que, de Velázquez a Goya, sigue siendo motivo de inspiración. ¿Qué ciudad en el mundo puede presentar otro tanto? Unas podrán ganar a Madrid en gran-

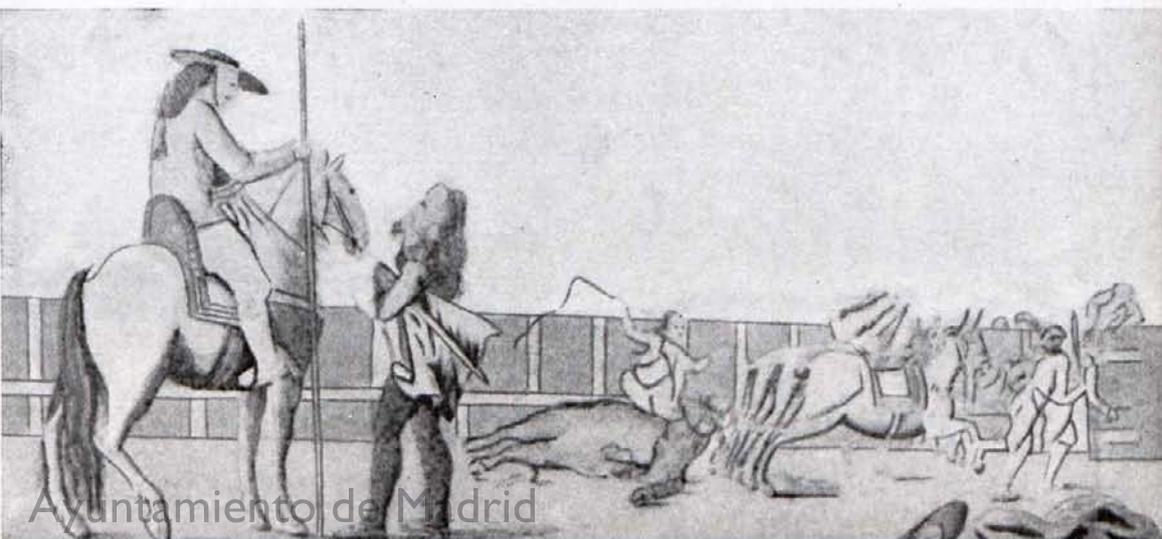


Antigua lucha de los perros y el toro.



La suerte de matar.

El toro muerto es arrastrado por las mulillas.







La plaza Monumental de las Ventas de Madrid.

Joselito, muerto también por las astas de un toro, en un desplante.



Juan Belmonte, otro de los astros de la constelación taurina, en una de sus faenas.



diosidad y aun en exuberante punto de vista comercial. Pero la gracia de Madrid, y esos cielos, por más que se busquen, no se encontrarán. Son patrimonio exclusivo de la capital de España, que crece a simple vista, y que ha saltado con especial gracia, del agua, el azucarillo y el aguardiente, al Hula Hulp, y, naturalmente, a Luis Miguel Dominguín.

De los carteles que la Empresa de Madrid ha organizado, poco voy a decir. Se trata de una visión de conjunto. Y por lo general, en la Semana Grande de Madrid, figuran en los carteles aquellos diestros que en anteriores corridas, o durante el año, más se han distinguido. Y así, Madrid, les da el espaldarazo, y si sale por la puerta grande, como a veces así suceden las cosas, el artista puede dormir tranquilo. Los empresarios de toda España, también «Isidros» en Madrid, caerán encima de ellos y venga firmar contratos y más contratos. La afición se desenvuelve así, y las cosas así son.

Sucede, sin embargo, que los mismos toros cuya lámina ha sido tan justamente apreciada al ser contemplada en la Venta del Batán, en la plaza, no dan el juego que se pensaba. Misterios insondables de la fiesta. Pero no todos los aficionados

han podido acercarse al rincón bello del Batán, aunque una cosa es lo que se crea o se diga de los toros, y muy otra el juego que ellos puedan dar. Los hay que parecían que no, y ha sido el arte personalísimo del torero, quien ha sabido ver en ellos lo que el aficionado no supo encontrarles o verles. Pero esto y por esto, pertenece a ese don, a ese arte, a esa personal manera de ver las cosas de la fiesta, que sólo a fuerza de voluntad y de inspiración, los toreros, artistas ¡y de qué manera!, de pies a cabeza, saben llevar a cabo.

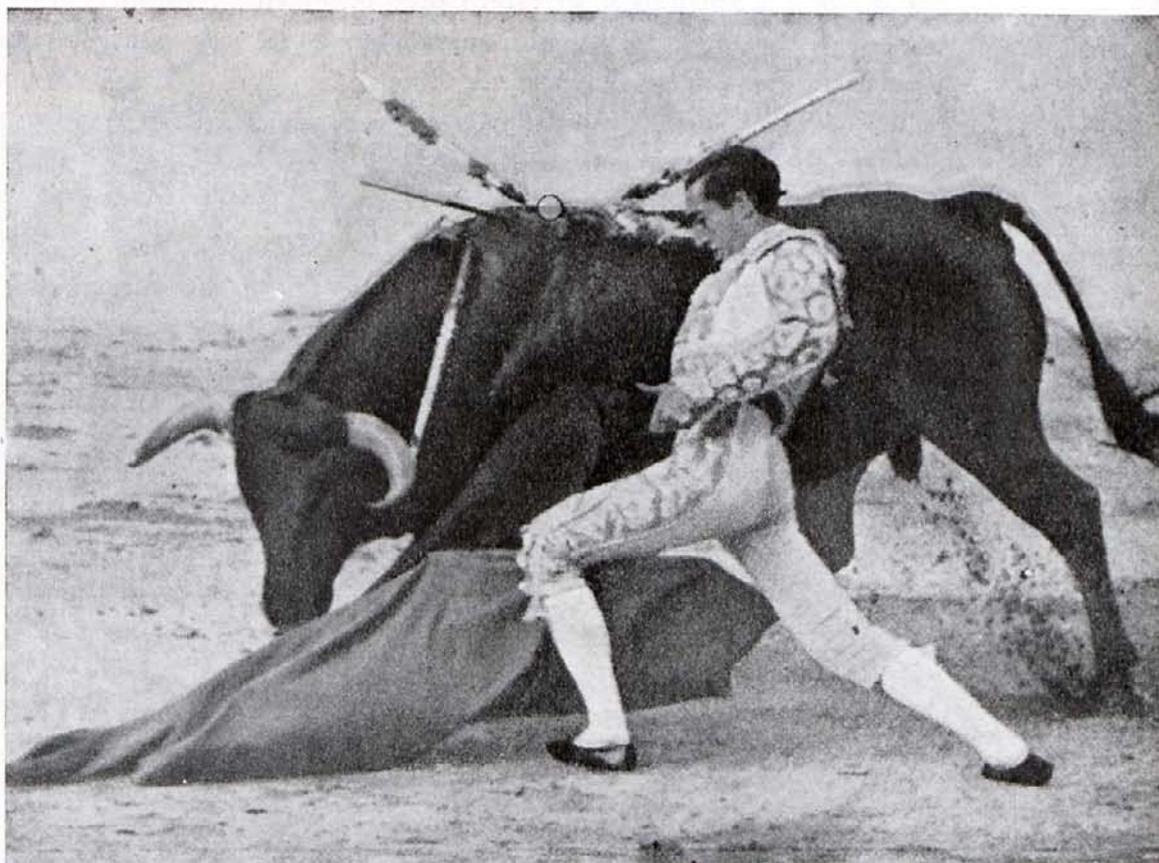
Luego, paralelamente a la fiesta, por los bares, tascas y tabernas, el aficionado dará rienda suelta a sus opiniones. Es la afición, que convierte en palabra viva sus recuerdos o sus impresiones. Es los que dan tono a la fiesta de los toros, y que invade materialmente los bares. A ellos no se les hable de otra cosa. Estarán pendientes de quites y de capotazos. De lo bien que tal torero estuvo en el toro tal o cual. La discusión se pondrá quizá al rojo vivo, porque siempre ha habido partidarios de unos y de otros. Y mientras ello sucede, en el bar del Palace Hotel, que es uno de los puntos neurálgicos del país, los ricos ganaderos andaluces se darán las manos con los salmantinos, recordando y evocando

cosas y aún de Joselito las proezas. La cosa así ha venido sucediendo y seguirá produciéndose, porque alrededor del planeta de los toros, como dijo un día Antonio Díaz Cañabate, mi admirado amigo y cronista de *ABC*, todo, incluso lo más increíble, puede suceder.

Los apoderados entran y salen. Van de corrillo en corrillo. Abrazan a unos. Dan entradas a otros. Pero si el torero ha tenido una tarde de triunfo, los abrazos se multiplican, las felicitaciones también, y el torero, que ya ha demostrado su arte en la plaza, se ve rodeado de un mundo que no puede rehuir. Es el aficionado, que no le ha bastado que su torero haya triunfado. Necesita estrujarlo,

materialmente, mientras la manzanilla corre.

El extranjero que por primera vez ha asistido a la corrida, podrá extrañarse de muchas cosas, y hasta si su señora tiene especial sensibilidad, de sus desmayos. Pero nunca en el mundo encontrará una fiesta más fuerte, más adornada, más ¿cómo diría yo?, típicamente española, como es la de los toros. Muchas de las incomprensiones hacia España escritas pertenecen a un mundo de irrealidad, por-



Manolete, el ídolo roto sobre la plaza de Linares, en un pase de castigo.

que la esencia de la España eterna, qué duda cabe, está en las corridas de toros, en donde la gracia y el arte purísimo, se entremezcla con la bravura más brava, y las notas de color con la sangre. Al fin y al cabo cito cosas eminentemente españolas y que de generación en generación nos hemos transmitido. Las corridas están unidas a esos días de sol, únicos en el mundo, y de color. ¿Ustedes comprenderían una corrida de toros en Copenhague, pongo por caso? No, ¿verdad? y en eso estamos. La fiesta de los toros es y será cosa eminentemente española. Y si no que le pregunten a Ernest Hemingway, gran aficionado, y que, desde hace años, sentado le vemos en la misma barrera de la plaza

de toros madrileña, y eso no deja de ser una garantía.

El aficionado, a veces, como el torero, toma las cosas por los pelos. Silba, por ejemplo, a un torero, que la semana anterior había aplaudido a rabiar. Es la vida. Pero el aficionado regresará a su casa o a su ciudad provinciana y repetirá ante sus contertulios lo que aquí en Madrid ha visto. Y esperará las ferias o las fiestas de su ciudad para volver a ver o a aplaudir o su torero predilecto, en tarde de fiesta: mientras, seguirá animando a aquel jovencuelo que dice que los toros le atraen. Esto es lo más bonito y duro de la fiesta. Los comienzos. Pero los toreros, o el toreo, siempre se ha produ-

cido así. Dificultades para terminar, a base de valor, siendo millonario, y retirándose en sus respectivos cortijos, mientras, eso sí, las tardes de gloria serán evocadas alrededor del fuego del hogar.

Hoy la televisión por un lado y la radio, han modernizado bastante las cosas. Pero la afición sigue viva. Basta que un torero con voluntad quiera y vea el toro con ojos de artista, para que la fiesta recobre toda su grandeza, a pesar de otras tardes de aburrimiento que todos hemos presenciado...

La fiesta, entretanto, ahí está viva. Y Madrid, más hermoso que nunca.

MIGUEL UTRILLO



EL TEATRO EN MADRID



PUEDE decirse que Madrid es la cuna del teatro español. Al menos, éste se asienta definitivamente en los corrales de la Cruz y el Príncipe, fundados por la Cofradía de la Soledad (1579 y 1580). Hasta entonces la comedia anduvo por patios y mesones. Ambos teatros eran rivales y dieron lugar a la formación de apasionados bandos. El teatro nacional se hace estable, deja su nomadismo primitivo, y tres ilustres hijos de Madrid (Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca) le dan categoría nacional.

A las representaciones populares severamente or-

denadas por la Sala de Alcaldes (prohibición a los hombres de penetrar en la Cazuela o recinto destinado a las mujeres, disposición en todo el frente del tablado de un listón de una tercia de altura «para impedir que se registraran los pies de las cómicas», etcétera) se oponían las palaciegas o cortesanas dada por Felipe IV en su palacio del Buen Retiro.

Dos géneros teatrales de carácter local: el sainete y la zarzuela, desbordan por toda la península la gracia del costumbrismo y del casticismo madrileños. El sainete, heredero de aquellos entremeses que se intercalaban en las representaciones, es algo hondamente



'Historia de una escalera', premio "Lope de Vega 1949". Esta obra de Antonio Buero Vallejo fué estrenada en el teatro Español bajo la dirección de Cayetano Luca de Tena, obteniendo un gran éxito.



"El villano en su rincón", de Lope de Vega, una de las obras clásicas que más público han arrastrado en las últimas temporadas.

madrileño, aunque no deja de ser curioso que su más feliz cultivador, Carlos Arniches, fuera alicantino. De la zarzuela, que nació ahí, a dos pasos, donde ahora está el hipódromo, y que viene a ser como nuestra pequeña ópera nacional, quedan todavía en pie grandes títulos, como «Jugar con fuego», «El barberillo de Lavapiés», «La bruja», «Doña Francisquita»...

Hace algunos años que asistimos en Madrid al renacimiento de la curiosidad por el teatro. Este es el hecho nuevo de nuestro tiempo. El teatro, que había nacido con el pueblo, que se identificaba con él bajo la dirección del corifeo, vuelve otra vez al pueblo. La inquietud ha traspasado ya los límites de la Universidad para asentarse en las naves obreras y en los grandes almacenes. Rara es la empresa de cierta importancia que no cuenta con un cuadro de declamación. Esta aproximación del público al teatro no hay que buscarla en los teatros madrileños que se cierran, sino en los que se abren o rehabilitan (Recoletos, Goya, Eslava, Zarzuela, Beatriz), en los que se utilizan de modo circunstancial (Círculo Catalán, Fomento de las Artes, Instituto de Cultura Hispánica, Instituto Nacional de Previsión, Instituto de Diplomados Boston, Parque Móvil de los Ministerios, etc.), en la innumerable cantidad de agrupaciones teatrales que surgen diariamente (Dido, T. O. A. R., T. E. U., Escuela de Ingenieros Industriales, Teatro Popular de la Delegación Nacional de Educación, Teatro de la Escuela de periodismo, etc.), en las carpas que, con la llegada del verano, se levantan en la plaza de la Moncloa

o en Cuatro Caminos, en las representaciones al aire libre patrocinadas por el Ayuntamiento de la capital (la Corrala, plaza de París, Jardines de Sabatini, plaza de las Comendadoras, Jardines del Retiro, etc.). El Ayuntamiento de Madrid convoca todos los años el premio teatral Lope de Vega como homenaje a uno de sus más ilustres hijos y estímulo para las jóvenes generaciones. Ese galardón ha descubierto a uno de los dramaturgos más notables de este tiempo: Antonio Buero Vallejo, con su «Historia de una escalera», Hay, además, otra circunstancia que inclina al Ayuntamiento a preocuparse de las cuestiones teatrales, y es el ser propietario del teatro Español, otrora Corral de la Pacheca, primera sala de la Villa y de España que mantiene inextinguible el fuego sagrado de la tradición teatral.

Por ese escenario ilustre del Español han desfilado los primeros títulos del teatro nacional y del extranjero; creaciones como «Hamlet» o «Macbeth», junto a «La prudencia en la mujer» y a «El alcalde de Zalamea»; «Don Juan Tenorio», en versión clásica, y el mismo «Don Juan Tenorio» con atuendo romántico. Entretanto, en el otro teatro oficial, el María Guerrero, Dalí ensayaba un montaje absolutamente original del drama de Zorrilla.

El Ministerio de Información y Turismo es el propietario del teatro María Guerrero, antes de la Princesa, y un día sede de la inolvidable compañía encabezada por doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza. Adquirido por el Estado, el María Gue-



La popularísima "Hostería del Laurel" del Tenorio de Zorrilla, decorada por Salvador Dalí.

rrero se dedicó durante bastantes años al teatro extranjero moderno, en tanto el Español se reservaba para los clásicos de nuestra patria. Actualmente, el María Guerrero alterna la presentación de títulos nuestros y de allende las fronteras, y ha sido hasta ahora sede del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo también perteneciente al Ministerio de Información—, por donde han desfilado las obras más discutidas de estos últimos años. El propio Ministerio otorga los premios Calderón de la Barca, exclusivamente para noveles, y otros para teatro infantil, y patrocina los más de los teatros de ensayo y distribuye otros premios de dirección, interpretación y crítica, y subvenciona campañas teatrales, líricas y de verso.

Una idea del movimiento teatral existente en Madrid y de cómo Madrid se asoma al mundo la da la lista de autores extranjeros que en el pasado año desfilaron ante las candilejas: desde los clásicos (Eurípides, Shakespeare y Molière) hasta los dramaturgos modernos (Cocteau, Lenormand, Pirandello, Claudel, Giraudoux, Supervielle, Achard, Ferrind, Deval, Ghelderode, Anouilh, Priestley, Wilder, Salacrou, Miller, Rattigan), y los de última hora (Williams, Nash, Patrick, Roussin, Wook, Beckett, Adamoy, etcétera).

En ninguna ciudad puede hablarse de decadencia del teatro menos que en Madrid. Lo indicado basta para acreditar que esa decadencia no se aprecia por



Llegado cada año el día de difuntos, Don Juan sube a los tabladros madrileños.

Ayuntamiento de Madrid

parte alguna en una ciudad que ve teatro sin interrupción desde hace más de cinco siglos. Hay un largo camino desde los graderíos de los teatros romanos de Sagunto o de Mérida, hasta ese teatro de bolsillo que es el Recoletos madrileño; la masa y la minoría; el refinamiento del público a lo largo del tiempo. El verano pasado, en la plaza de París, la gente se di-

ciones de la sociedad, y, por tanto, los gustos del público.

Hace un siglo, hace no más que medio siglo, la gente iba al teatro a ver... y a verse. En aquel marco de decoración isabelina, con palcos de peluche y terciopelo, globos opalinos y tulipas de cenefa azul y rosa, se apoyaba el teatro del siglo XIX, el teatro de



La zarzuela "La Gran Vía", dirigida por Gustavo Pérez Puig, en el escenario de La Corrala.

vertía mucho con «La venganza de don Mendo»; hace unos días en la plaza de las Comendadoras se reía tiernamente con la solicitud de «Los amantes de Verona». No es que el teatro sufra una enfermedad mortal llamada decadencia, sino que evoluciona día a día, según los imperativos del tiempo, las fluctua-

Sardou y de Echegaray o los viernes de doña María o los jueves Fémina de otras partes. Esta enclaustración del arte teatral provocó un alejamiento de las masas, acentuado más tarde por la competencia de dos importantes factores: el deporte y el cine. Cuando se volatilizó ese estrato social con el ascenso de capas

inferiores, el teatro dejó de ser una sala «con gente conocida». La gente había encontrado ya una válvula de escape para las pasiones en el deporte y un narcótico adormecedor en el mundo del celuloide. La gente refugió ese deseo de evasión en la música de fondo de las salas cinematográficas con suntuosos interiores, despampanantes Cadillac y playas donde las mujeres se exhiben descalzas hasta la barbilla, como dijo el otro. El teatro, en cambio, es todo austeridad, ascetismo y pobreza. No hay en él nada que invite a la sensualidad. Una actriz carece de auténtica capacidad para ser ingenua antes de llegar al medio siglo; los primeros actores, por motivo de su senectud, no pueden coger en brazos a doña Inés de Ulloa en la escena del convento, y se limitan a empujarla hacia bastidores. En el teatro es necesaria la colaboración del espectador, y éste se presta gustoso a ver una puesta de sol allí en donde no existe más que un

simple juego de luces. Sólo así podrá verificarse la misteriosa catarsis; el hombre se purifica en la contemplación de su propia vida.

Madrid es teatro, o mejor dicho, cultiva el teatro, porque la violenta luz madrileña descubriría inmediatamente ese otro teatro de la calle y de la vida que todos llevamos con nosotros y gracias al cual los más hipócritas pueden prescindir de acudir a los patios de butacas. La naturalidad y el desgarrado de lo madrileño los proporciona la luz, y por eso un pueblo como el nuestro ha de entrar en los teatros para asimilar lo que de otro modo no podría exhibirse bajo el sol madrileño y el cielo de los ocasos velazqueños. Por eso Madrid es uno de los grandes receptáculos o laboratorios, como en los tiempos más remotos, el teatro sigue siendo algo sagrado, una meditación sobre el misterio del hombre en el misterio del mundo.



"Ifigenia", otra obra montada al aire libre, que obtuvo un brillante éxito en la Plaza de la Villa de París.



MADRID TABLADO FAMOSO

POR esa geografía de vino y boquerones aún queda la huella de antiguos «Cafés Cantantes», que ponían su rumbo en el Madrid de hace apenas unos lustros. Todavía andan por la ciudad —y presumen de «muchachos» del medio siglo— gentes que en «Casa Perete» encomendaban al jondo el solfeo de su pena. Y los que metían su bullicio entre azulejos de «Los Gabrieles». Entonces, caballeros, el flamenco no era «party» y la juerga tenía sus ritos. Si tocaba Ramón Montoya o cantaba Cepe-ro, el aire del «colmao» tomaba espesor de drama y la parroquia ahogaba en silencios su resuello. A veces, Pepe el de la Matrona, por el aquel de aliviar el clima, ajustaba a tarantas *La Verbena de la Paloma*. Y se armaba el jubileo. La noche de guitarra tenía sus «divos». Se sabía quien cantaba, y no era lo mismo éste



Revuelo de faralaes entre un marco de guitarras y palmas. Madrid de noche se ha conveido en el más imporante meridiano flamenco de España.



Planta y desplante del "bailaor" al arrancarse por bulerías, esa graciosa burla o burlería de los "calés".

que aquél a la hora de elegir el cuadro. También toreros en el postín del «Café Cantante»: Maera, Sánchez Mejías. Valencia II, echándole valor a la juerga. Y mucho señor principal, largo en propinas que aún calientan la vejez del camarero.

Presumirá el Sur de sus «Cafés Cantantes» —«El Chinitas» o «El Burrero»—, pero Madrid tiene vieja tradición en esto. La cantaora que aún ejerce a sus ochenta años, con la media voz que le dejó la vida, recuerda el emplazamiento del «Café del Banco», de «El Naranjero» o el «Café de la Marina». ¡Aquellos eran buenos tiempos! Nombres dignos del «Metropolitan», si el «Metropolitan» no fuera local payo: Rita la del Chaqueta, Antonia la Gamba, La Cachetera, El Nitri. Y Silverio Falconetti, que salía de su café para traer a la capital la gracia de sus seguriyas. Y don Antonio Chacón —único «don» en el Gotha calé—, el que evolucionó el cante y naturalizó en Madrid unas alegrías: los caracoles. ¡Ya ven si Madrid tiene prosapia flamenca!

Cuando se apagaban las vidalitas de Manolo Escasena, la clientela del «Café Cantante» se fué adelgazando noche a noche. Quedó el «colmao», donde el señorito con ganas de fiesta seleccionaba un «cuadro» entre los que aguardaban contrata en el pasillo. Figuras no le faltaban. Allí, apoyado contra el zócalo, como tomando el sol de las bombillas. El Cojo de Madrid, Niño Vélez, Perico el del Lunar. Bernardo el de los Lobitos, Rita Ortega y qué sé yo, los que se quiera. El «Café Cantante», una mala noche, se expidió al anacronismo. Algún avisado lo resucitó, pero de otra manera: «café

cantante» en dos actos, bien cargado de subterfugios para redondear derechos de autor. A cuenta de tres coplas, no más, bien oídas, el flamenco se maltrataba despiadadamente en tarimas de escenario. Mucha guasa, y total «na»: con limones verdes envueltos en pentagrama y la croniquilla de un juicio de faltas, compuesto el espectáculo. Pero el «Café Cantante» ha vuelto a la noche madrileña, y mire usted por dónde, traído al hilo de los turistas.

Pastora Imperio, alma viva del baile flamenco, junto a Rafael de Córdoba



La difícil técnica de la palma, contrapunto constante del cante "jondo".

Nadie crea que el «míster» o el «monsieur» llegan «a dos velas» en esto del flamenco. Muchos se saben bien la papeleta. Si dos generaciones tuvieron que abastecerse de «exótico y pintoresco» en Pierre Loti, Paul Morand o Teófilo Gautier, no es ahora el mismo caso. En menos que se lee un texto de Próspero Mérimée, se hace el trayecto Nueva York-Madrid, o París-Madrid, o London-Madrid.

El pleno de un tablado en acción. Guitarras, crócalos, palmas, pitos, olés y el triunfante zapateado de la bailarina.

Y la viceversa. Porque también viajan los «calés». Rafael Romero, gitano con gabardina, excusó la ausencia:

—Ustedes perdonen, pero he tenido «grabación» en París.

Gran premio de la Academia Francesa del Disco: cante flamenco. Por el microsuroco se deslían las voces de «El Chaqueta», de Pericón de Cádiz, de Pepe el de la Matrona y otros ilustres colegas. Y se deslían con mimo.. El prospecto advierte: «dos técnicos del registro han esperado el momento de mayor inspiración de los cantaores». En París no toda la guitarra que se oye es la de George Brassens. En «Piropo», en «Catalán» o en «Guitarre» se puede ir entrenando el oído para luego escuchar en Madrid. Tres libros de flamenco acaban de aparecer en Estados Unidos. Un enterado resume su opinión:

—No son libros para reír.

Sentado al borde de la tarima de un «Café Cantante», el banquero norteamericano murmuró su aprobación al Heredia:



En la armonía de "las sevillanas", uno de los frisos más bellos y universales del arte flamenco.



—Baila bien. A ése le veremos pronto en Nueva York.

Y lo dijo como si Nueva York fuera el Scala de Milán del flamenco. Es que la Argentinita les afinó el gusto. Y de allí vinieron consagrados Rosario y Antonio, chavalillos de España. Y si, confundidos por la legitimidad de su baile, preguntan a José Greco el lugar del pasaporte, les replicará: Estados Unidos. Silverio era italiano. Ahora no existen tantas excepciones. Al periodista que preguntaba ciudad de nacimiento de los de la «troupe», Montoya respondió:

—Yo he nacido en Sevilla; éstos, cada uno donde han podido.

Llegaba mucho aficionado a Barajas. Y más aún de los que buscan «typical spanish». Rara era la semana en que cualquiera de la ciudad, para satisfacer solicitud del «isidro» de whisky, no tuviera que organizar «flamenco-party». Esto del whisky también ha contagiado a los flamencos. Lo susurra Manolo Manzanilla:

—El whisky es superior. Suaviza la garganta y da más optimismo. Lo que pasa es que no siempre se puede beber. No por el precio, pero somos flamencos y ya usted me comprende.

Reunido el cuadro, no era cosa que el amigo forastero estuviera en la intimidad para acompañar las palmas. Y se convocaban amistades españolas. Aunque con toda cortesía, una lata. Y surgió la idea: resucitar el antiguo «café cantante». El reclamo de «Spanish Tourish Club» puesto al primero desapareció pronto. Y quedó «Zambra», que es nombre que bien cuadra a lo que suena dentro.

Tres «tablaos» repican en la noche flamenca del Madrid 59. Prole de los antiguos «Cafés Cantantes», aunque el progreso escurre esa denominación, que es ya cosa literaria o del recuerdo. En el antiguo «Café Cantante», según coplas que rondan todavía, sólo entraba el extranjero en misión de contrabando. De cómo eran su ambiente y su parroquia, se puede ver en ese dibujo del «Café de Silverio», que luce en la pared de «Zambra», para echar genealogía al establecimiento. Salvo el local y la parroquia, lo demás, idéntico. Un «tablao» donde se escucha y se ve buen cante y buen baile.

Situado en barrio elegante, vecino a dos hoteles de lujo, «Zambra» abre suntuosa geometría de lugar moderno. «Hall», con butaca de cuero y armadura, como entrada a vieja estancia castellana. Cuelga el mantón de vivos colores. La reja y el barril. No hacen falta más detalles al ambiente. El que cruza la puerta, ya está en clima: hasta allí llega el bullicio del «tablao». Tuvo el acierto «Zambra» —el local más antiguo de esta nueva serie— de restituir al flamenco su pureza. Cierro que el espectáculo se cierra por «sevillanas» o con guasa de rumbita, pero son también baile del bueno. Una noche, sentado entre el abanico que forman los del cuadro, estaba Paco el Laberinto. Bailaor de casta, de los que bailan la «caña» y lo más difícil todavía. Y estaban Román el Granaino y Perico el del Lunar. El

contrato del nuevo «Café Cantante» sacó a mucha vieja gloria de su retiro. En la noche sonaba de nuevo la «me dia granaina», los «martinetes» y todo el cante grande. Porque hasta entonces, la juerga improvisada se des-pachaba a base de fandanguillos, un poco de «soleá» y unas repentizaciones que sólo tenían con el auténtico folklore meras coincidencias. Rosita Durán marcaba el baile como debe ser: por sus pasos contados; al oído del cante y la guitarra.

Frente al jardín de Las Vistillas, en el más puro «Old Madrid», se alza «El Corral de la Morería». Todavía en las esquinas del barrio hay colgadas historias de antiguos moros. Y en el rincón, el estudio donde pintaba Ignacio Zuloaga, árabe moderno. Un cuadro de Barba pone fondo dramático al «tablao». Es el local que más recuerda al viejo «Café Cantante». Al haber competencia, el arte se afinó más todavía. Mientras los del autocar o los de matrícula extranjera le tomaban el pulso al espectáculo, la «Repompa» ponía «tapas» de alegre zumba. «¿Qué tendrá la Pampanini, qué tendrá Silvana Mangano...?» Con eso y dos tragos, ya está el cliente entonado. Y la Paquera entonces demostraba cómo es el cante español cuando se canta como hay que cantarlo. Figuras nuevas y otras parecen salidas de un álbum de recuerdos. Fernanda la de Utrera traía esencias del cante antiguo. Fosforito —el James Dean de los flamencos— hace crujir la madrugada con su voz rota. Y Pastora Imperio que hace trono del «tablao», reviviendo la antigua estampa del «café cantante» con su gente de bandera. Heredera de la mejor aristocracia del arte flamenco, Pastora Imperio calentó con su raza y su tronío la tierra de tradición de estos locales. Ella les dió la alternativa y cimentó su prestigio.

Era mucha Pastora. Y se puso local propio. En calle estrecha y con nombre que fluye de su dueña: «El Duende». Bóveda, paredes encaladas, cobres y hierros. Una cueva del Albaicín que ha viajado hasta la ciudad. Se sabe bien Pastora el repertorio para no hilar delgado en el programa. En aquel «tablao», Antonio Mairena puso otra vez gusto por el cante grande: cante por seguiriyas, soleares, la caña y la debila, y la serrana. Gaspar de Utrera, Chano de Cádiz, Paco el de Jerez, Diego Pantoja, Paco Aguilera, Alejandro Vega y Carmen Mora. Y María del Carmen y Pastora Vega, la propia sangre de Pastora mezclada a la del padre de las criaturas: Gitanillo de Triana, un torero de los que tienen son. «Arte genuino español», pregonan los carteles, y es verdad.

El que afine su afición en el microsuro, hallará en el «Madrid by night» su versión integral. El visitante, desde luego, lo pasa pero que muy bien en los itinerarios del Madrid flamenco. Eso agradecerán ellos al nuevo «Café Cantante». Los del país hemos de agradecerles haber devuelto el gusto por un arte que tiene siglos de viejo.

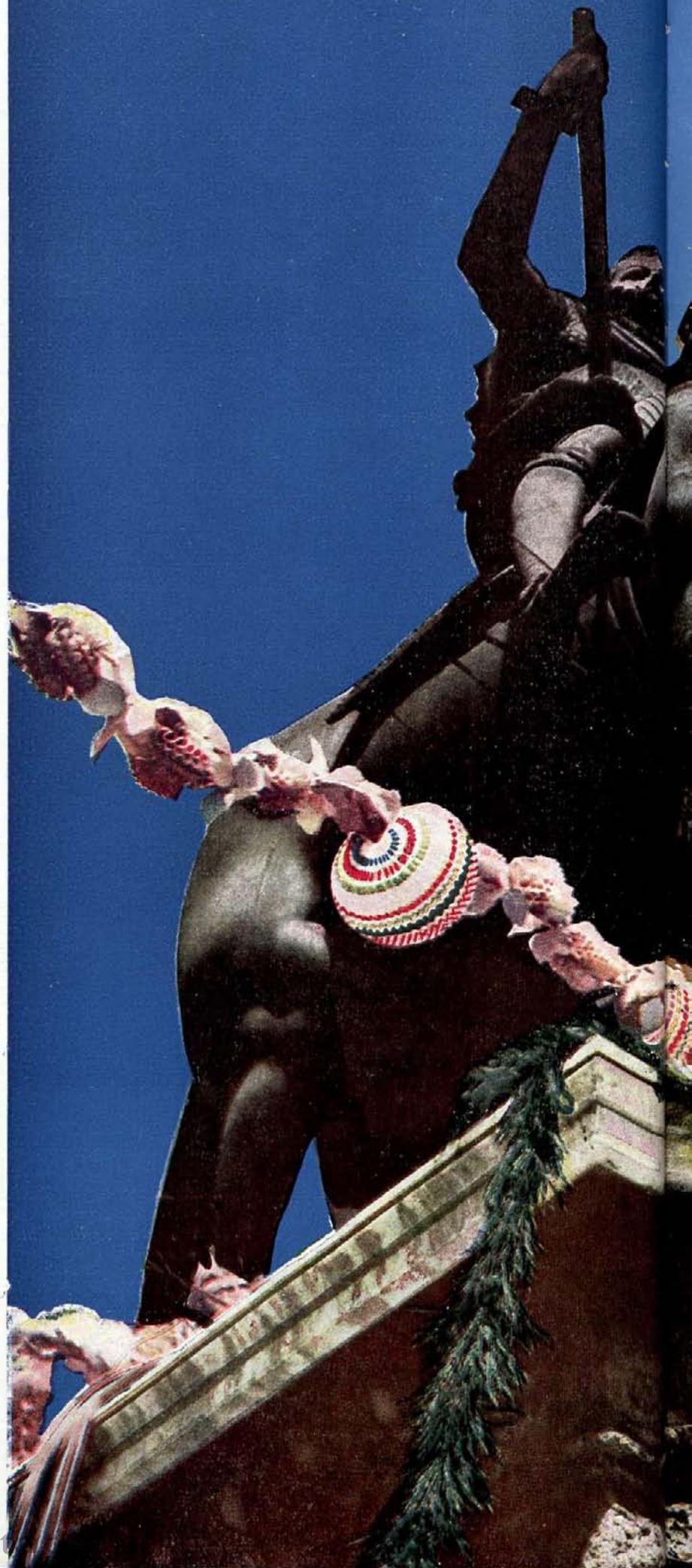
ALFONSO SANCHEZ



La hondura de la "soleá", la esquina más oscura, patética y misteriosa del flamenco.

En la cubierta y contracubierta de este número figuran los dos trajes con que la capital de España suele vestirse para impresionar a quienes la visitan. He ahí el Madrid de ayer y el Madrid de hoy frente a frente, o, mejor, el uno junto al otro, como están en la realidad, formando las dos caras de su brillante moneda. Contemplemos su embrujado contraste. Por un lado el Arco de Cuchilleros; sus pinas escaleras desembocan en la Plaza Mayor —viejo corazón de la Villa—. Por otro lado, un edificio gigantón estira su cuello sobre uno de los centros neurálgicos (Gran Vía-Plaza de España-Princesa) más importantes de la Gran Urbe.

Madrid es una ciudad en que a pesar del tremendo estirón demográfico experimentado en los últimos veinte años, ha sabido mantenerse en la cuerda floja de su armonía urbanística. En ella lo antiguo y lo nue-





vo se conjugan con prodigioso equilibrio. De la Villa entrañable y un poco paleta de principios de siglo, a la gran ciudad que acaba de cumplir sus dos millones de habitantes, hay un abismo; sin embargo, debemos reconocer que ese foso ha sido salvado con mesura y buen gusto. Las piedras patinadas del siglo XVI no desentonan con el cemento de los nuevos rascacielos, pues entre lo uno y lo otro se extiende muy sutilmente la amplia gama de edificaciones de las épocas intermedias.

Como complemento de esas dos versiones de Madrid, en esta foto interior damos el otro contraste que asalta frecuentemente las retinas sorprendidas de los forasteros. La estatua ecuestre, donde al noble bronce se enlaza la cadeneta verbenera. Lo clásico y lo popular; la grandeza histórica y el jolgorio inmediato, unidos estrechamente bajo el purísimo cielo de Madrid.

Aranjuez
con Alfredo Mañas

Toledo
con el pintor Guinovart

El Escorial
con Hemmingway y
Castillo Puche

Avilá
con Sofía Loren

Acueducto
segoviano
para los ilusionistas

SINCERAMENTE creo que el turismo madrileño no lo inventaron las agencias de viaje. No teman que me vaya por los tópicos de Ubeda; pero es preciso que les recuerde la frase popular «De Madrid al cielo y un agujerito para de allí verlo», frase que debió inventar un visitante de Madrid, vaya usted a adivinar por qué siglo. Y a partir de entonces se inventó el turismo.

Pero Madrid es algo más: turismo de ida y vuelta. Es decir, que las afueras de Madrid están en ciudades que lo limitan: Toledo, La Granja, Alcalá, El Escorial, Avila, Segovia y todos esos lugares a los que va usted por la mañana y de los que puelve por la noche, sin necesidad de pernoctar en ellos, aunque aconsejo la noche toledana, la cena servida por el Mesonero Mayor de Castilla y el conocer de noche estas ciudades. Creo que la noche es el rebozo de los pueblos, la manera de verlos en traje diferente. Y necesario. Descartando que, desgraciadamente, Louvre no desplaza a París a un Señor de Cuenca —salvo excepciones, que siempre es bueno aclarar—, tenemos que convenir que los millares de turis-

Por eso quiero llevarles, someramente, a ese turismo de ida y vuelta. No teman erudición porque, felizmente, no dispongo del «Espasa», que es el fuego artificial de la erudición de muchos analfabetos ilustrados. Yo les llevaré a este Madrid de ida y vuelta de mano de los personajes a los que, por obra y gracia del periodismo, he tenido que acompañar a dichas ciudades.

ARANJUEZ

A Aranjuez fui con un intelectual joven. Con la revelación más auténtica de los últimos tiempos. El autor de *La Feria de Cuernicabra*. Fuimos a Aranjuez, no en busca de espárragos, de fácil exportación y, por tanto, de imposible encuentro, sino para buscar ambientación con destino a un cuadro de revista de *Cantando en Primavera*.

La versión que Alfredo Mañas tiene de Aranjuez es la siguiente: La familia del Arlequín ha dejado su descendencia de la Marquesa Rosalinda. Un nieto de la Marquesa es camarero en casa del «Rana». Yo recojo la historia familiar que va desde el «arlequín» del siglo XVII hasta este camarero.

MADRID, TURISMO

POR

ANTONIO
D. OLANO

tas que llegan a la «Villa Lumière» —observen ustedes la astucia del «slogan— son atraídos por sus noches. España aún no ha explotado bien la noche. El «Granada la nuit», el «Santander de noche», son oasis en un inexplicable desierto: la muerte de la noche, para el turismo, en España. Porque la noche que sigue vivita y coleando es la de los colmados caros, demasiado caros para usted y para mí que, a lo peor no somos millonarios.

Aranjuez es como un tiiovivo sin música. El tiiovivo de la estepa castellana. Usted encontrará muchas personas que no ve en Madrid al anochecer. Recorriendo la fronda, los jardines, los palacios que juegan a Versalles, las callejuelas en las que, si usted encuentra a un amigo acompañado, debe evitar las presentaciones: con un simple «hola» es suficiente.

Debiera tener este Aranjuez el festival permanente de la luz y el



Fronda, agua y piedra formando la soberana belleza de Aranjuez

DE IDA Y VUELTA

sonido, como su tío abuelo Versailles. Con fondo musical el *Concierto* de Rodrigo.

"Aranjuez —concluye Mañas— es Versailles visto por don Pedro Calderón."

TOLEDO

"Es un incendio de piedra, visto desde aquí Toledo." A Toledo, a este verdadero incendio de piedra que dijo un poeta, sólo feliz en esta metáfora, acudí con el pin-

tor Guinovart, que es una buena manera de ir a Toledo.

Toledo les dará el recibimiento desde el «Hostal del Carmenal», el lugar más asombrosamente prodigioso, en el que se pueda enclavar un lugar para el bien comer las perdices —aconsejo las perdices toledanas— y para después el bien ver el Museo de Victorio Macho, que un día legará a la ciudad y en el que, con vistas a los cigarrales, al río y a la montaña, se encuentran las mejores piezas del nuevo coloso del cincel de nuestro siglo.

A Guinovart no le debió hacer demasiada gracia la explicación que del *Entierro del Conde Orgaz* da un guía automático: el magnetofón. Es un ensayo que sirve para explicar las características del cuadro en varios idiomas. Guinovart preferiría un Greco más silencioso, con más recogimiento y al libre albedrío de la interpretación del visitante.

Santa María la Blanca, sinagoga del siglo XII. El Alcázar, que fue palacio de Carlos V y escenario heroico del general Moscardó.



Ayuntamiento de Madrid

Zocodover, escenario de romances del cadete y la toledana. El traje de lagartera para fiesta mayor. Y a un tiro de piedra de Madrid.

EL ESCORIAL

Desde la atalaya del «Felipe II» —nunca desde la silla de Felipe II, en la que el turista juega a sueños de grandeza— contemplo El Escorial con otro ilustre visitante: Ernest Hemingway. Y con Castillo Puche, el otro novelista ilustre. Por aquel entonces estaba al caer la desgracia de la muerte de Pío Baroja. Por aquel entonces hacía sus vacaciones allí, en esas residencias hechas para millonarios o toreros, Antonio Ordóñez.

Les aconsejo la Romería de la Virgen de Gracia de San Lorenzo de El Escorial. Es la manera de ver en su ambiente a los escurialentes de entonces, con fondo de Basílica impresionante.

Para Hemingway El Escorial es un refugio. Está en Madrid y no está en Madrid; recibe a quien quiere, y a quien no quiere, no. Además, El Escorial para Hemingway es sanatorio. Ernesto es hombre preocupado por su salud, aunque esta preocupación se la juegue a los dados todos los días. Sobre todo si va acompañado de Mary, El Escorial es ideal. Ella la goza allí.

Para Castillo Puche, El Escorial es un monumento al que va algunas veces a acompañar a alguien, pero también para dejarle a la puerta. Los terribles constipados de Castillo Puche coinciden siempre con un viaje al Escorial. También El Escorial para Castillo Puche es un hotel inabordable, un hotel que sólo ve cuando va a visitar, por ejemplo, a Hemingway. El Escorial es una estación que apenas ve cuando sale de Madrid para el Norte, pero que mira muy despacio cuando viene desde arriba. De todos los Escoriales, Castillo Puche, por tanto, no prefiere ni el de arriba ni el de abajo, sino el de en medio.



El Tajo, en su cabalgadura hacia Portugal, ciñe amoroso a la imperial Toledo.

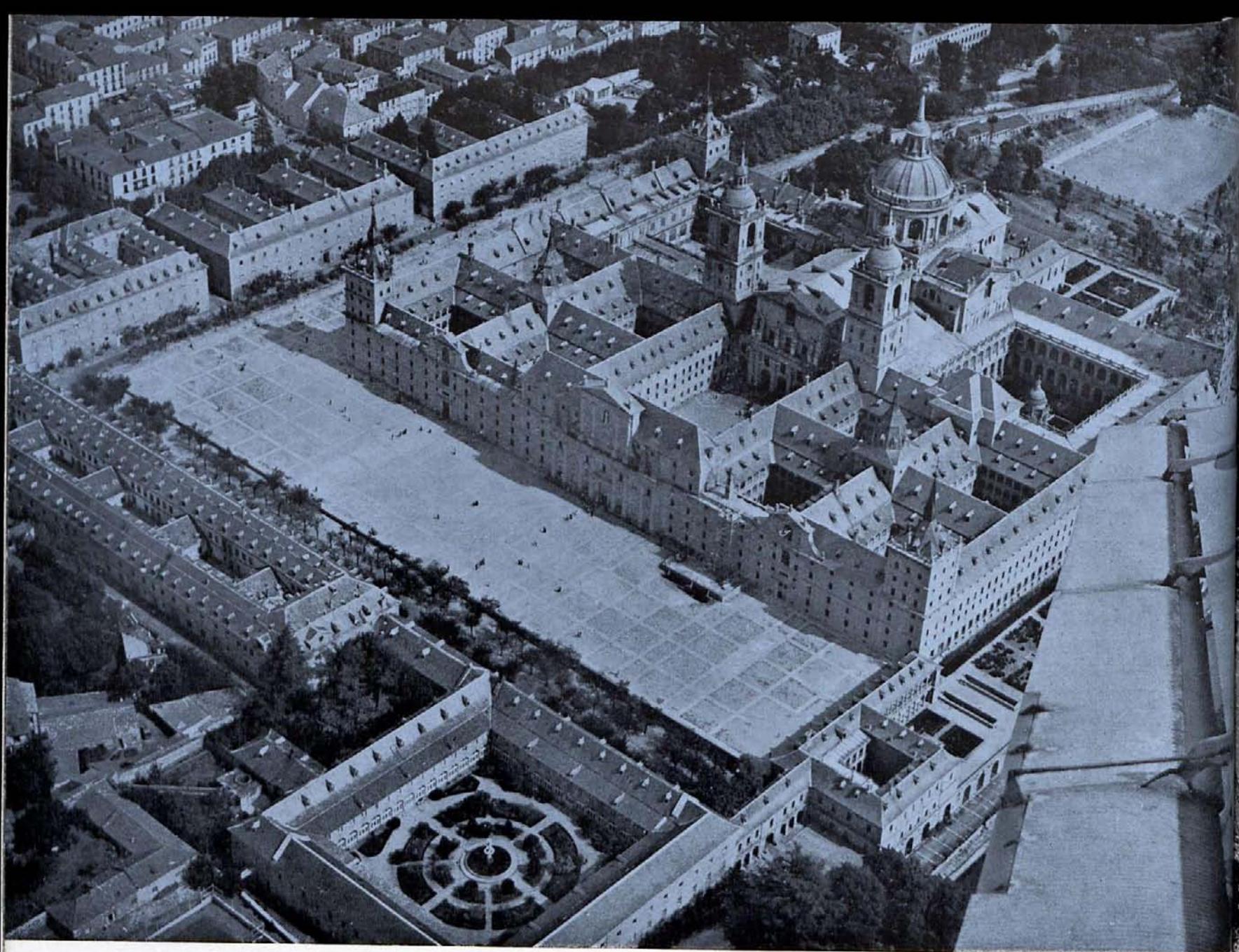
AVILA

Pues miren ustedes por dónde: a Avila fuí con Sofía Loren, que es la más bella manera de ir a la ciudad amurallada. Aquí sí que se puede decir aquello del tiro de piedra. Y antes de pasar a lo monumental les diré lo que Sofía me dijo:

—Recordaré siempre esta ciudad y su cochinillo asado...

Aconsejo ampliación de visita y marcha a Arévalo en busca del cochinillo. Es lo que hice con la estrella, y es la excursión a la que se sumó Cary Grant y más tarde Frank Sinatra.

Siga usted por la parda geogra-



Vista aérea del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, en el que Felipe II dejó la huella indeleble de su brillante reinado.

fía de la meseta castellana y deténgase en la ciudad mundialmente famosa. Es terrible ser famoso mundialmente. Pues es tan grande la fuerza de la ciudad de Santa Teresa de Jesús —sombra en Avila como el Greco lo es en Toledo— que resiste la fama internacional.

Dicen los cronistas de la villa, que suelen ser más rancios que las piedras —y volvamos a las honrosas excepciones—, que se puede vivir en pleno siglo XVI. Pero, de vivir entonces, no tendrían las agencias que recomendar la visita turís-

tica. Lo bueno es vivir la Avila de hoy. Con el *Camino de perfección* en las manos si usted lo desea.

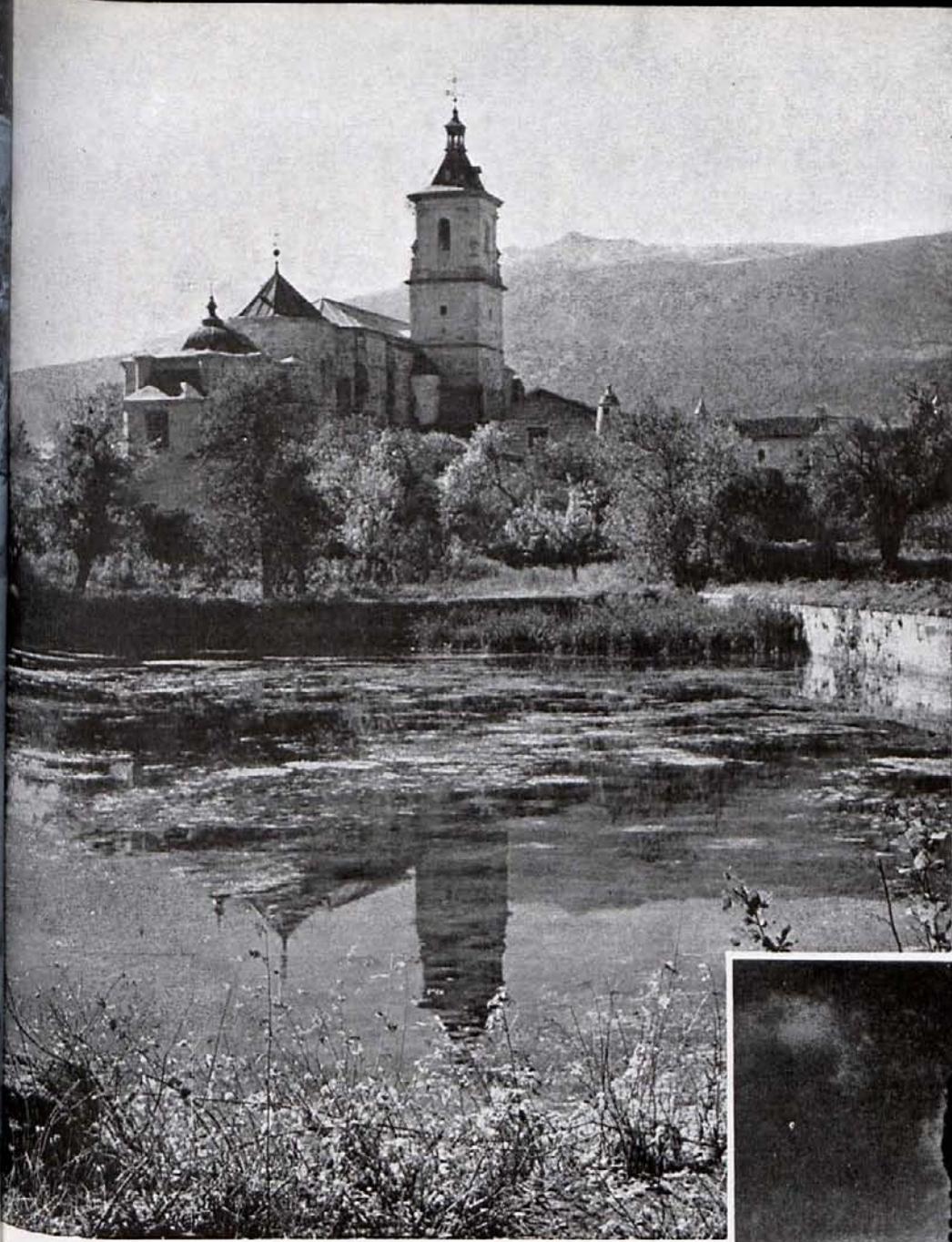
—¡Cuánta piedra!— fué lo único que, a manera de colofón, dijo, admirada, la Loren.

SEGOVIA

A Segovia acudí con los ilusionistas en diversas ocasiones. Allí se celebró incluso un congreso, porque es notorio que el Acueducto fué levantado en una noche por el diablo. Por lo tanto no puede ha-

ber un lugar tan propicio para las magias esas. Las magias que no impiden la devota misa ante la Virgen de la Fuencisla. Y allí, arriba del todo, el Alcázar impresionante, el monumento restaurado y más maltratado en reproducciones de chocolate. El chocolate la ha tomado con lo monumental.

Magia hicieron en Segovia —¿no es magia sacar bellas frases del capuchón de una pluma estilográfica?— Unamuno, Machado, Azorín— ¡oh, tu geografía maestro del bien y breve decir!—, Ortega y Gasset...



Al Monasterio de El Paular, recientemente reconstruído, han vuelto letanía y largos silencios.

al pie del Guadarrama. Admire la torre de Don Juan II, rey perteneciente a la época en que a los reyes aún se les podía llamar con el Don delante, como si fuesen caballeros a la jineta, rejoneadores de hoy.

Pase por la Casa de los Clavos.

MADRID

Y ha vuelto usted ya a la Villa y Corte, a este Madrid tan provinciano —felizmente provinciano— y tan universal, más universal que la más universal de las ciudades europeas.

Estamos de regreso en este turismo de ida y vuelta.

A Segovia llegan —magia de la amistad— esos buenos escritores y hombres buenos que se reúnen bajo el nombre de «Los Doce Apóstoles». En Segovia se viste de fiesta mayor el Mayor mesonero de Castilla, Cándido, que sabe sacarse de sus roperos los trajes para alcaldesas que nada han de envidiar a Zamarramala.

De Segovia vaya usted a La Granja. Le sigo aconsejando, y conste que quien esto escribe no es consejero ni refranero. Pero antes recorra usted bien Segovia, así,

Estos torreones y almenas del Castillo de Manzanares El Real siguen manteniendo su desafío a los años.



LA moda es un concepto de tan largo alcance, que muchos y muy doctos tratados se han escrito sobre ella, algunos hasta de enjundiosa pesadez. Hablar de moda es un poco hablar de todo. Hay modas en las lecturas, en las devociones, en las enfermedades. Hubo la moda de sufrir vistosamente en el tiempo romántico, y hay la moda de sufrir con patosería en el tiempo nuestro. En las épocas felices el suicidio estuvo en su apogeo, y hoy la gente habla mal de la vida, se afana, sin embargo, en seguir regímenes dietéticos y toma jalea real para prolongar una existencia tan desacreditada. En las épocas más desapasionadas y racionalistas, como el XVIII, fué moda el amor. En tiempos de lord Byron estuvo de moda la moda en Inglaterra, y, cuando el máximo fervor religioso, se ponen de moda las brujas. Todo esto, como se ve, no contribuye a poner las cosas en claro ni a facilitar la tarea de hablar de modas.

Es tan amplio el tema, que, por fuerza, para tratar de decir cuatro palabras con un poco de ilación, se hace necesario ceñirse sólo a una mínima parte del asunto. Dejemos de lado todo lo demás —¡que es tanto!— y hablemos únicamente de la moda del vestir de hombres y mujeres y de un posible españolismo dentro de algo tan poco nacionalista como es la vitola de las gentes.

LO MADRILEÑO EN LA MODA

POR MERCEDES BALLESTEROS

Modelo Vargas Ochagavía.





Modelo Pedro Rodríguez.

to es que también el lucido varón ha procurado siempre mejorar su natural gallardía con retoques y artimañas.

Cuando se habla de moda española se acostumbra destacar la influencia del traje popular, lo cual es un contrasentido, puesto que lo popular representa la tradición, y moda quiere decir todo lo contrario: mudanza. A lo que es tradicional y permanente mal le va a entrar de pasada en el mundo de lo efímero. Y no sólo por eso, sino porque el vestir del pueblo requiere una cierta clase de donaire y garbosidad que no se aviene con el porte distinguido, distante, de la elegancia de salón.

Mucha burla se ha hecho de la incomodidad del lugareño en medio señorial, pero más envarado se encuentra el hombre o la mujer «a la moda» entre el desgarrar y la majeza del pueblo. El *vergonzoso en palacio* sale del paso sin perder su zafiedad, y queda bien, pues que queda como quien es; pero el refinado en convite o romería de pueblo se expone a quedar en ridículo, puesto que para el ridículo se necesita una cierta dosis de educación, de artificio. Un paleta no puede ser jamás «cursi». La cursilería es privativa de la gente «fina».

Las prendas del vestir popular, en lo que se refiere concretamen-

Parece obligado, al hablar de modas del vestir, circunscribirse casi exclusivamente al atavío femenino. Ya decía Gracián que, «por más que lo desmienta la femenil inclinación y lo disimule la cortesía», las mujeres tienen una apariencia más deslucida que

el varón, al igual que sucede entre las aves y las fieras, «que siempre es más galán el macho que la hembra». Esto explicaría que a las mujeres les fuese más preciso echar mano de la fantasía del artificio para suplir lo que les negó Naturaleza. Pero lo cier-

te a Madrid, requieren la desenvoltura y el desplante propios de la llamada «manolería» y no se avienen con la sosaina distinción. Los flecos del mantoncillo de talle, las crujientes faldas de percal fueron hechas para el airoso callejeo. Y todo lo que es volante, vuelo, propio para la intemperie y no para el recogimiento abúlico del cóctel. Son prendas que requieren su ambiente: el

bailongo de la Pradera o el jolgorio del entierro de la sardina.

La moda ha de ser universal y no lugareña. La moda abarca el espacio, pero no abarca el tiempo. Su máxima característica es que pasa. Lo popular, en cambio, abarca el tiempo y no el espacio. No puede hablarse de un traje de lagarterana «pasado de moda». Por eso, mezclar lo uno con lo otro es cosa contra sentido. Casi

todo movimiento tradicional es antimoda. Y viene ahora muy a cuento la trapatiesta armada por los fieros madrileños, con sus capas y sus chambergos, enfrentándose con los nuevos y efímeros usos de la moda que trajo Carlos III. Y tan a cuento, que este año se cumple el segundo centenario de la entrada de Carlos III en la Villa de Madrid.

Descartado el hacer uso del

Modelo Lino.



Modelo Asunción Bastida.





Modelo Gullon.

nuestros grandes silos impusieron en el mundo el atuendo español. Claro está que en Mulhberg o en Aquisgram a ningún elegante de la época se le ocurrió vestirse de baturro o paleta, sino que tomó ejemplo del porte señorial, de la agobiante golilla, del severo vestir de los nobles con predominio del color negro y las hechuras solemnes. Porque más representa a nuestro país el empaque austero y, si a mano viene, patético, que la bullanga y las castañuelas.

Quiero terminar con una protesta, que no la deseo airada en la forma, pero que sí lo es cumplidamente en lo profundo. Debiera prohibirse —y aun en caso de infracción sancionarse— el uso —unas veces estilizado, otras simplemente ridículo— del traje de torero como elemento de la moda femenina. El traje de luces es un traje serio. Es el uniforme que utilizan unos hombres para jugarse la vida. Es un traje para rasgarse a punta de cuerno y para mancharse de sangre, no para que una señorita se beba su *martini* en la barra de un bar. Nada de camisas de «toreador» para las turistas, nada de caireles para las mangas de un traje de cóctel. Podría en este bando patriótico hacerse una salvedad: que se permitiese la venta de trajes de torero, pero a condición de que se los comprasen con toro.

género popular como bandera de una moda genuinamente española, habrá que buscarla en otra parte, y claro está que se la en-

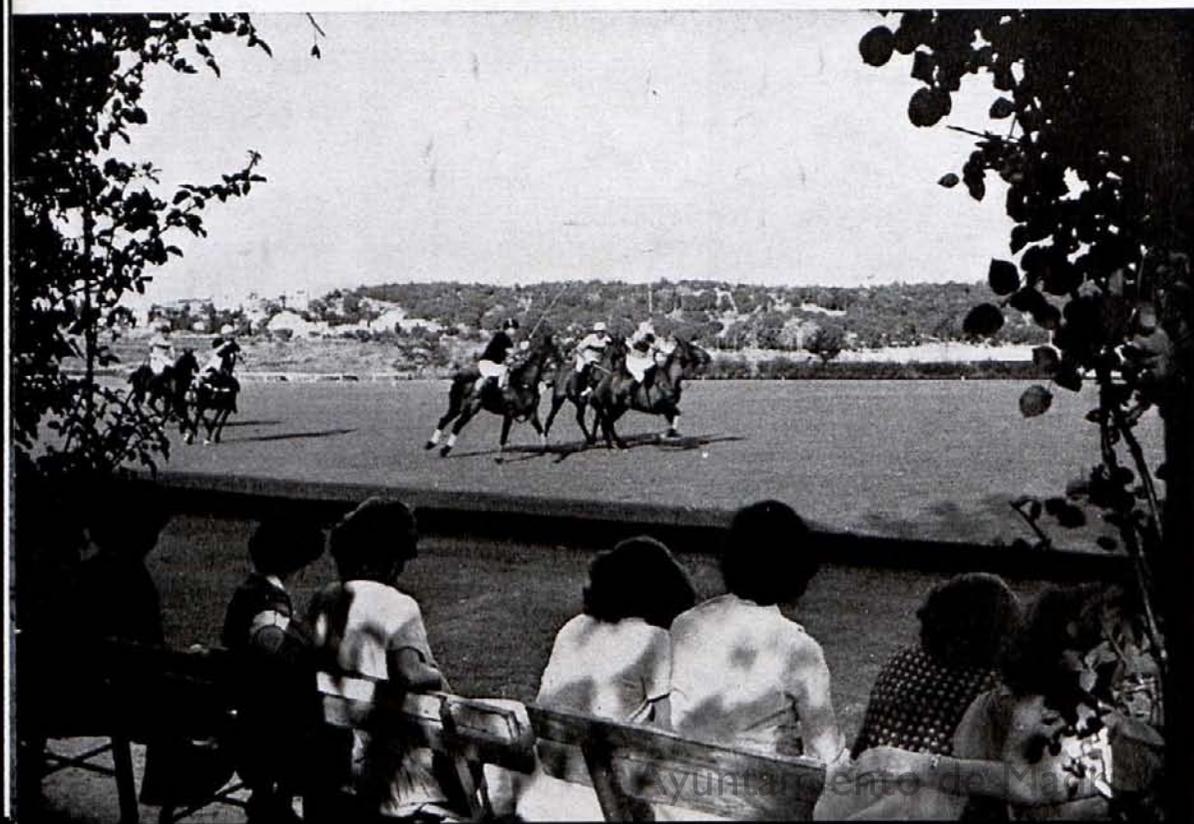
contra. Pero se la encuentra precisamente en los momentos de más universalidad de nuestro país. La hegemonía política de



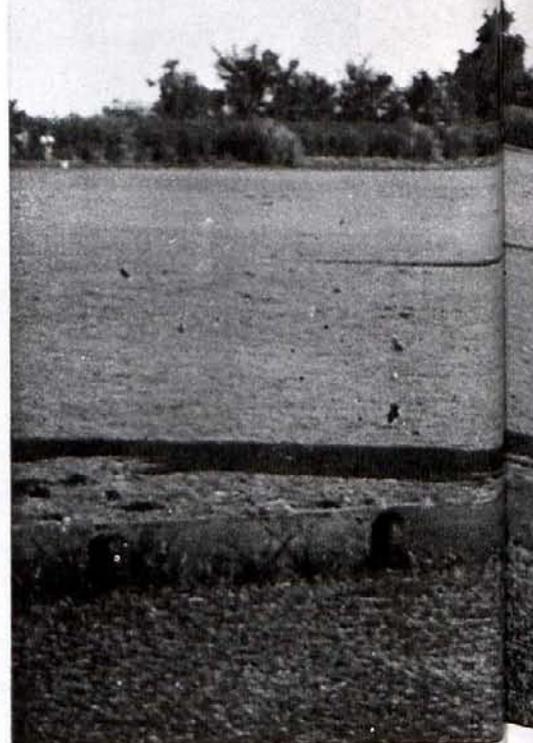
LOS OTROS DEPORTES

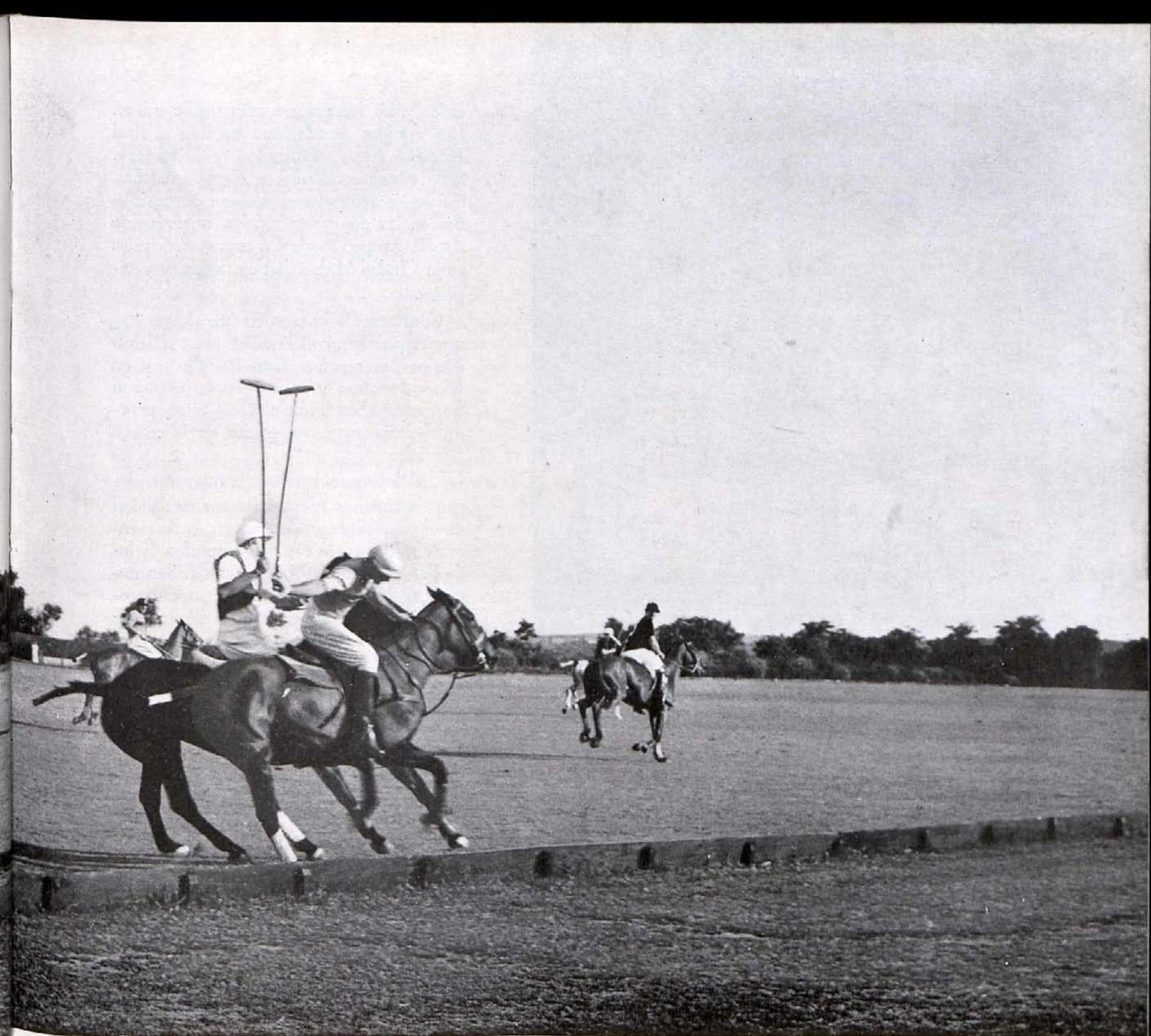
POR

JESUS FRAGOSO
DEL TORO

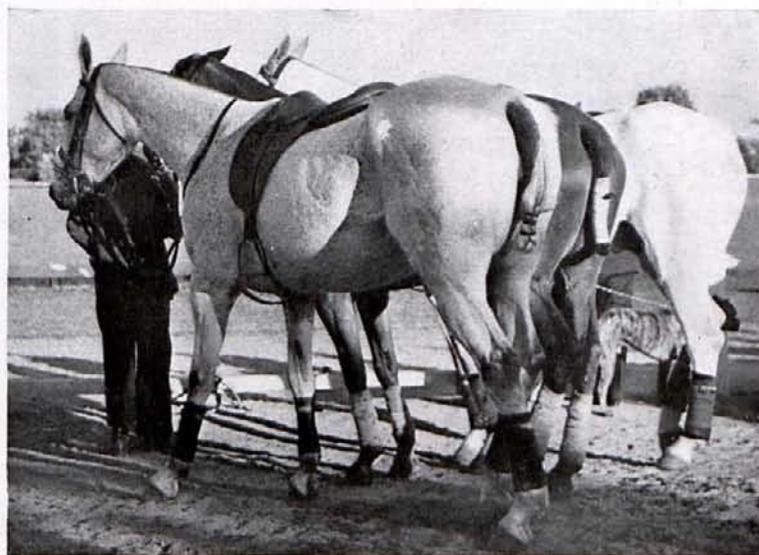


El polo es un deporte aristocrático cuyo espectáculo resulta bello y entretenido. En estas dos páginas, diversas fotografías del jinete y el caballo en actividad y en descanso.





ENCARÁNDOSE honestamente con la verdad, hay que comenzar por reconocer que Madrid, capital de la Nación, tiene todavía un largo camino que recorrer para situarse a la altura deportiva que le corresponde, tanto desde el punto de vista de instalaciones como en lo relativo a la cantidad de deportistas activos y practicantes. Se engañan los que juzguen el ambiente del deporte en Madrid a través de la extraordinaria afición que existe hacia el fútbol o en la existencia de unos cuantos «ases» de las otras actividades. No obstante, no hay pesimismo en este planteamiento, ya que es de justicia





rados y no federados suman medio millar. Con equipos de atletismo cuentan el Real Madrid, Altis, «Educación y Descanso», SEU, Canguro, Barasa y otras sociedades. Todos los domingos se celebran competiciones en las dos pistas citadas, reservándose las del Parque Sindical a productores y las de la Ciudad Universitaria a todas las categorías.

Continuando por orden alfabético, hay que registrar que el Ajedrez tiene muchos equipos, y son numerosas las salas que en Madrid existen y en las que se juega con frecuencia. Son múltiples los torneos ajedrecísticos que se organizan en la capital española.

El Balonmano, un deporte nuevo que ha ganado muchos adeptos con su modalidad «a siete», dispone de varios campos, encontrándose entre los más importantes los de Bressel y Ciudad Universitaria. Son numerosos los clubs y se organizan campeonatos regionales de primera y segunda categoría, en los que participan unos 300 jugadores federados.

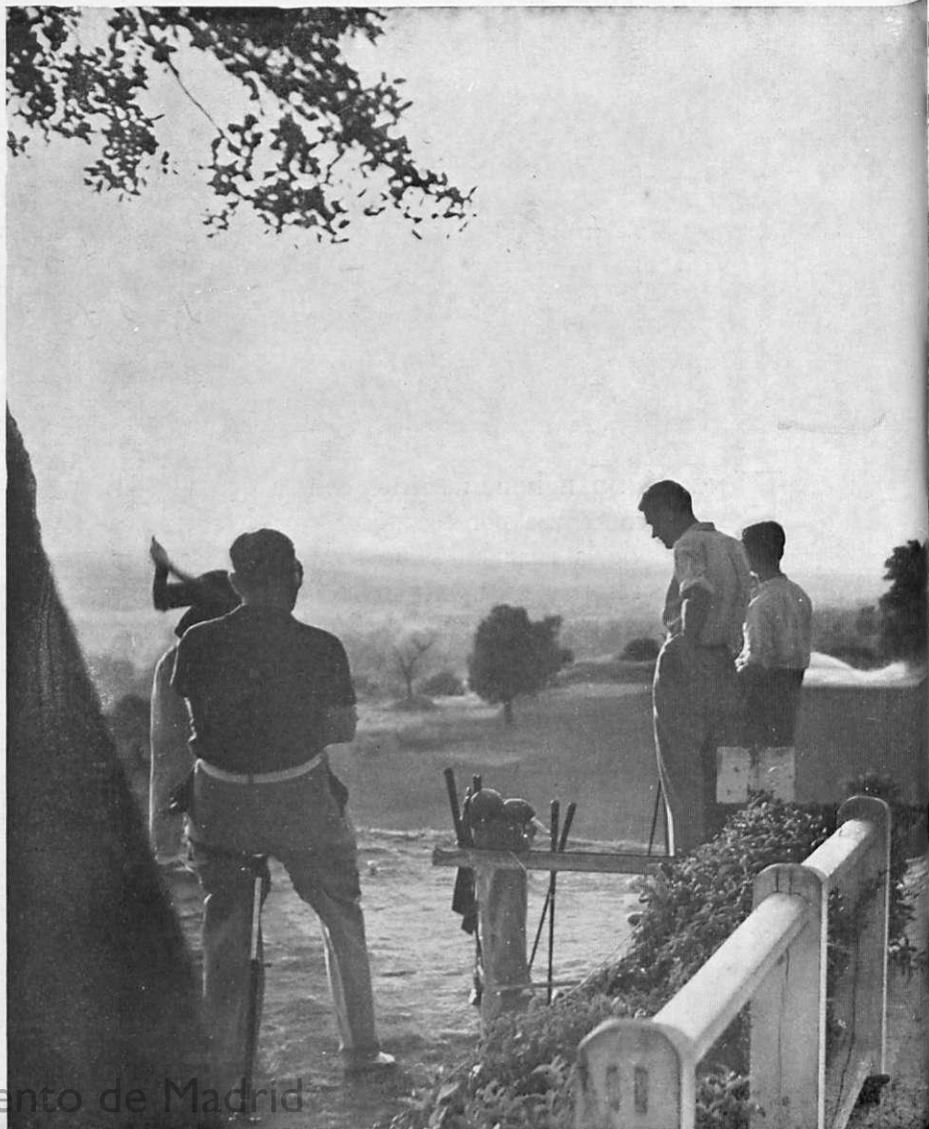
El deporte minoritario de mayor aceptación es, sin duda, el Baloncesto, que

señalar que en un avance progresivo, los últimos años acusan un crecimiento considerable en todos estos aspectos, y a la mayor participación de la juventud en deportes de todo tipo se une el aumento de instalaciones y aun el de espectadores de juegos deportivos que ya forman amplio corro en torno a algunos de ellos.

No; no sólo es el fútbol con su impresionante estadio de Chamartín y el amplio graderío del metropolitano el que puede dar pauta para enjuiciar al Madrid deportivo.

En Atletismo, el deporte básico, sólo existen dos pistas en Madrid: la de la Ciudad Universitaria y la del Parque Sindical deportivo. Otras dos se hallan en construcción: la de la Ciudad Deportiva del Real Madrid —que se construye con acusada lentitud— y la del Campo Municipal de Vallehermoso, cuya obra está actualmente parada. En cuanto a los atletas, puede decirse que, entre fede-

También el golf es un deporte de minorías, en el que el ejercicio físico y la habilidad se equilibran.



cuenta con más de dos mil jugadores en las diversas categorías. La escasez de campos es manifiesta. Los principales se encuentran en el Frontón Fiesta Alegre, Ciudad Universitaria y el del Estudiantes Club. Hay equipos de categoría nacional —primera, segunda y tercera— y muchos juveniles. Estos últimos hacen vaticinar un próspero porvenir al baloncesto madrileño.

El Boxeo, al que son muy aficionados los madrileños, carece de locales para organizar veladas. Se adaptan a este fin los Frontones Fiesta Alegre y Recoletos y el Circo Price, en invierno, mientras en verano se celebran en la Plaza de Toros y en el Campo del Gas.

Hasta que el Palacio de los Deportes sea inaugurado, Madrid carece de un velódromo, pese a la existencia de muchos aficionados al Ciclismo. El circuitito más aprovechable es el de la Casa de Campo y también el del Retiro. Se organizan en ambos frecuentes pruebas para aficionados y profesionales.

La Esgrima cuenta apenas con un centenar de afiliados a la Federación. Los lugares de competición son escasos, y sólo son dignos de mención el del Casino de Madrid, el del Casino Militar y el del Círculo de la Unión Mercantil.

La proximidad de la Sierra, aunque no explotada como merece, hace que unos 500 aficionados al Esquí disfruten de los deportes invernales en Navacerrada, en cuyas pistas se organizan muchas competiciones, una de ellas, el Gran Premio de Madrid,

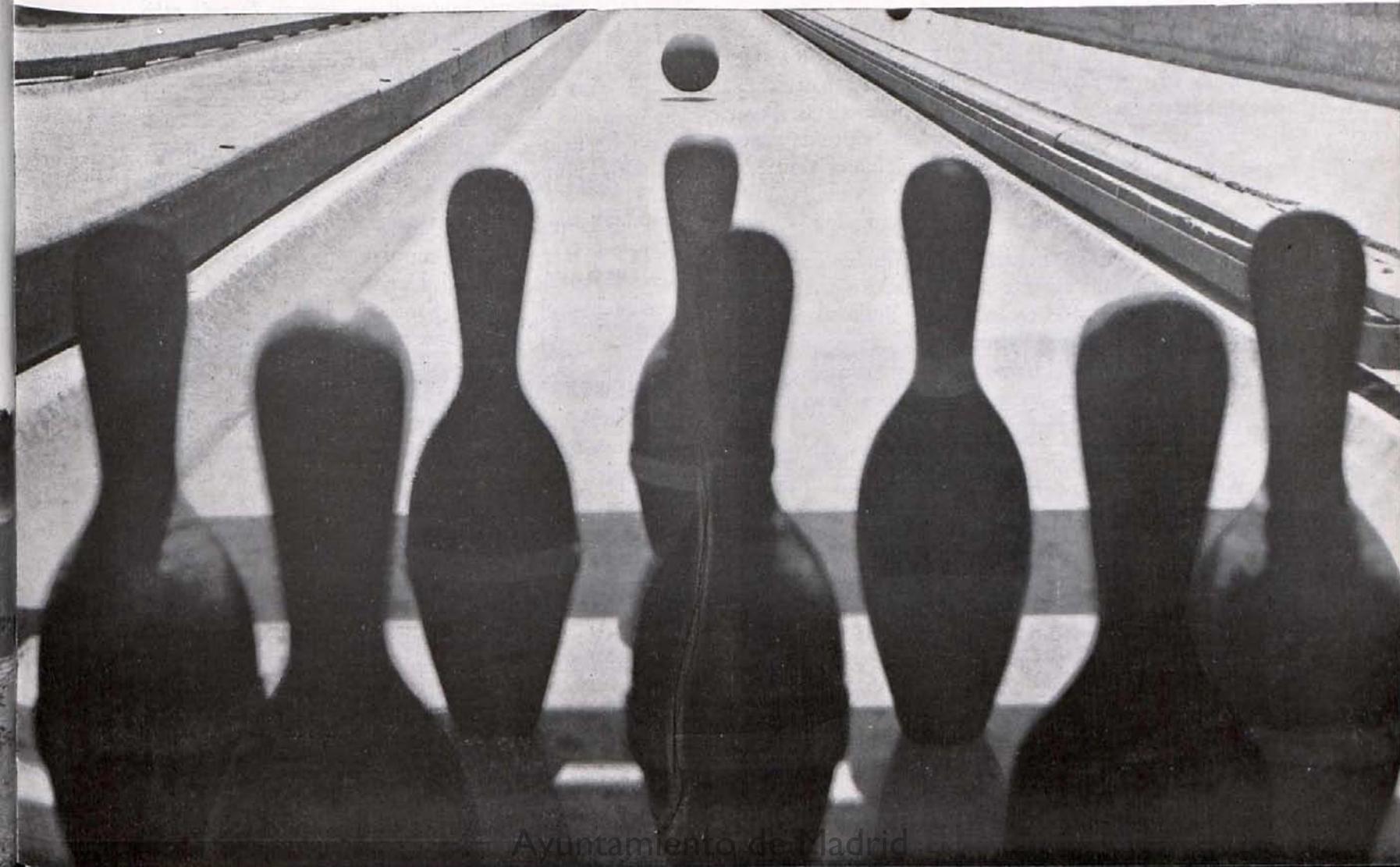
con amplia e interesante participación internacional.

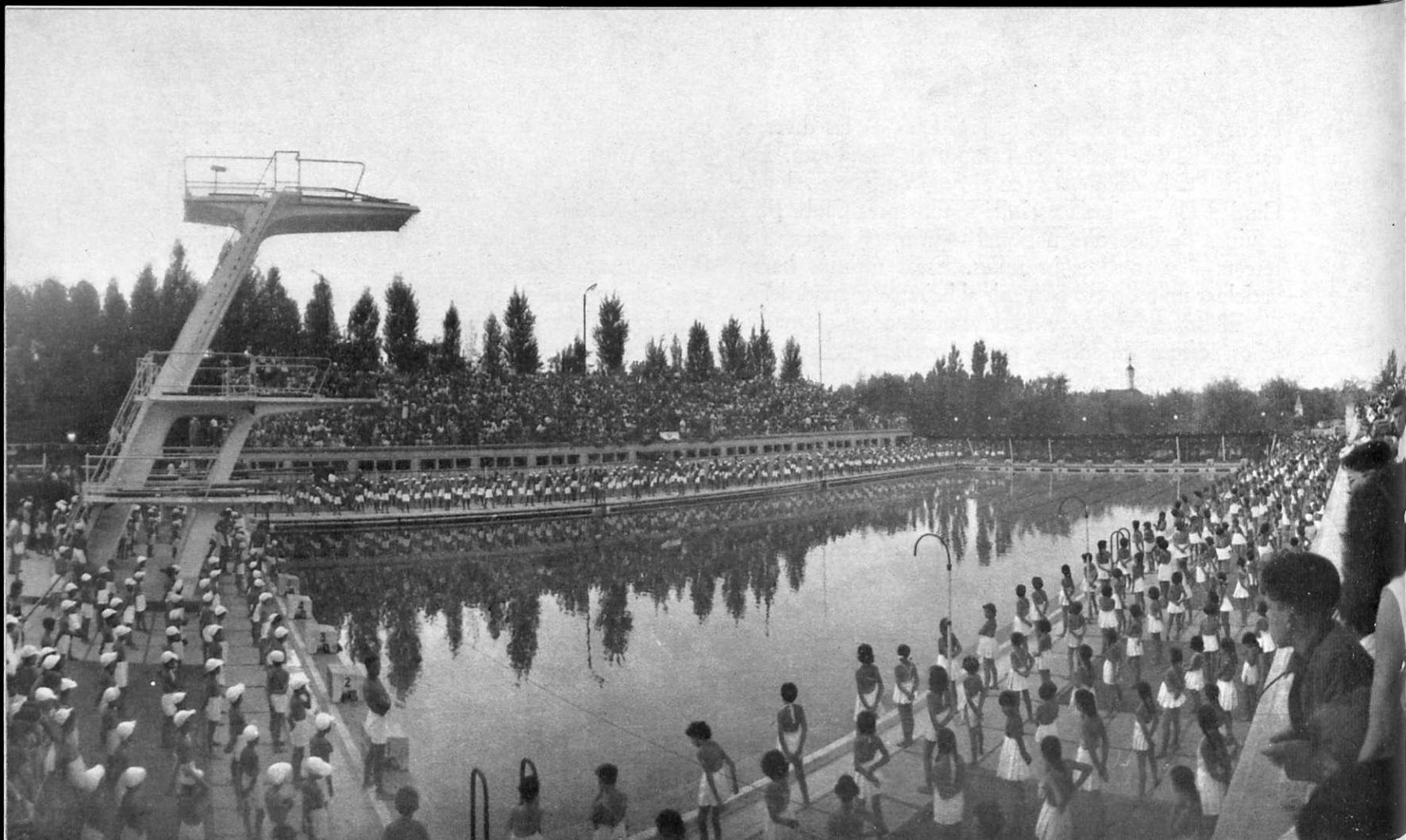
Los Gimnasios abundan en Madrid. Los principales son el de la Residencia General Moscardó, el del Real Madrid y el de Guzmán el Bueno, todos ellos modernos y con perfectas condiciones higiénicas. Existen numerosos gimnasios propiedad de clubs y particulares, en los que se entrenan boxeadores, luchadores, atletas, etc. Unos cincuenta gimnastas, divididos en diversas categorías, constituyen el grupo de los especialistas federados.

Trece son los campos de Hockey sobre hierba que existen en Madrid, en los que juegan sus encuentros veinticuatro equipos, que agrupan un total de alrededor de trescientos jugadores. El equipo más poderoso es el Club de Campo.

En la capital se cuentan más de treinta piscinas para la práctica de la Natación. La más importante de ellas es la Municipal, gran obra técnico-deportiva que sirve de escenario a competiciones de la máxima categoría. En muy óptimas condiciones se hallan las del Real Madrid, el Lago, la del P. M. M., etc. La más grandiosa es la del Parque Sindical Deportivo, obra de extraordinaria calidad por sus dimensiones y cuidado diseño. Las únicas piscinas cubiertas existentes son las del Gimnasio Moscardó y Canal de Isabel II, limpias y muy bien acondicionadas. La mayoría de las piscinas, salvo las específicamente deportivas, están al servicio del público.

La Pelota Nacional dispone de varios frontones,





La piscina Municipal, instalada en la Casa de Campo, lugar muy frecuentado por los madrileños. En la fotografía niñas y niños —futuros campeones— forman lo más atléticamente posible antes del chapuzón.

pero sólo el Recoletos es utilizado en partidos para profesionales, y el Madrid para raquetistas. Se celebran competiciones interclubs en frontones abiertos y hay aproximadamente 300 jugadores, entre profesionales y aficionados.

El Remo carece del escenario adecuado para ser practicado en su modalidad olímpica. Existen dos lugares magníficamente aprovechados en la actividad normal, que son el estanque del Retiro y el lago de la Casa de Campo. Multitud de aficionados practican el deporte del remo, pero oficialmente sólo se cuenta con media docena de equipos federados, con unos cincuenta remeros en total.

El Tenis reúne en su torno ocho clubs, con unas cincuenta pistas, entre las que destacan las de Puerta de Hierro, Club de Campo, Apóstol Santiago, etc. Unos 300 jugadores de ambos sexos figuran en los ficheros de la Federación.

El Tenis de mesa es muy popular, pero más como diversión que como deporte. Sólo unos 150 jugadores se encuentran federados.

El Tiro con arco es practicado por un centenar aproximado de arqueros de ambos sexos, que celebran frecuentes competiciones en la Ciudad Universitaria —puntería— y en la Casa de Campo —«rolling».

Para la práctica de deportes diversos, las instalaciones más adecuadas con las que Madrid cuenta son el Parque Sindical Deportivo, la Ciudad Universitaria y el Apóstol Santiago, dotados los tres recintos de amplios lugares para realizar toda clase de deportes. Se está construyendo la Ciudad Deportiva del Real Madrid, y también se halla en construcción el Palacio de los Deportes. Por último, para cerrar este somero recuento, hay que señalar que el deporte Hípico tiene su marco en el Hipódromo de la Zarzuela —donde se celebran importantes carreras de caballos—, el Club de Campo y el recinto de la Feria del Campo; el Golf, dispone de las magníficas pistas del Club Puerta de Hierro y el Club de Campo; y el Tiro, del polígono de la Ciudad Lineal y campos de tiro al plato y al pichón en Canto Blanco y Somontes.



TOMAS GISTAU HA MUERTO

CON este número de *VILLA DE MADRID* muy adelantado en máquinas, nos llega la noticia de la muerte del que fué amigo entrañable, compañero en las tareas de la Corporación Municipal, Tomás Gistau Mazantini. La figura de Tomás Gistau alcanza, vista a través del triste suceso de su muerte, dimensiones extraordinarias.

Desde su más extrema juventud, Tomás Gistau sintió el servicio de la Patria, y se entregó a él con una decisión y un entusiasmo que llenan de ejemplaridad aque'los años tristes de la República, cuando un puñado de buenos españoles se alzó frente a la barbarie y la traición que amenazaban con dar fin a nuestra Patria. Falangista de la primera hora —la hora gloriosa y difícil—, la fina sensibilidad de Tomás Gistau fué formando un espíritu lleno de virtudes patrióticas y de sutiles calidades profesionales, artísticas y literarias. En el Ayuntamiento de Madrid queda su huella, en la Sección de Cultura que presidió, en los distritos de La Latina y de Buenavista, donde fué teniente alcalde, y en tantos y tantos puntos como desplegó su actividad. Porque quizá lo que mejor caracterizara a Tomás Gistau, junto con la amplitud generosa de su corazón, fuese la amplitud de sus conocimientos, la variedad de sus dotes, que lucían con brillo propio en todas cuantas empresas acometía.

Ha muerto en plena juventud, en plena fuerza creadora; se esperaba mucho de él, de su talento y de sus condiciones espirituales. Sus amigos quedamos tristes en este Madrid, que él supo amar, y que le rinde el homenaje emocionado de una última oración.



VIDA CORPORATIVA



El Ministro de la Gobernación impone al Presidente del Consejo Municipal de París, M. Devraigne, la Medalla de Madrid, que le fué concedida por acuerdo de la Corporación.



El Presidente de la Cámara Municipal de Lisboa llega al aeropuerto de Barajas.

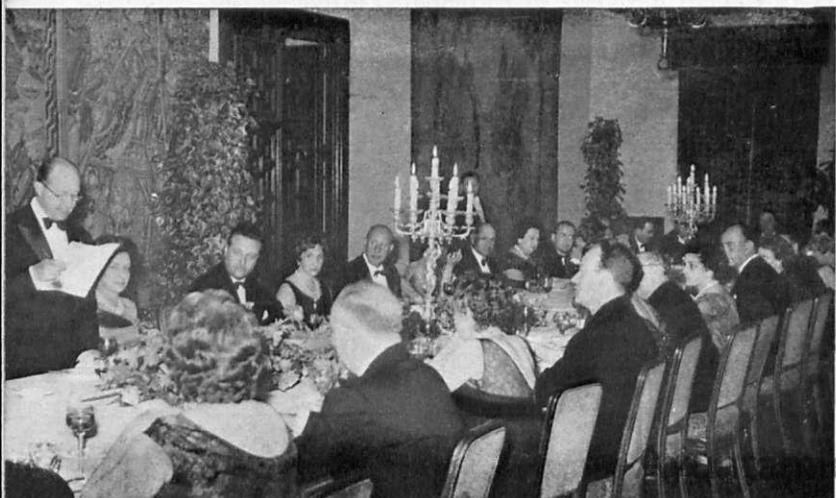


Un aspecto de la recepción ofrecida al Presidente del Consejo Municipal de París y a los Consejeros de dicha capital, que le acompañaron en la visita realizada a Madrid.

El Alcalde de Madrid y el Presidente de la Diputación, acompañados de otras autoridades, asisten a los actos conmemorativos del Dos de Mayo.



Otro de los ilustres visitantes de nuestra capital fué M. Sudreau, Ministro de la Construcción francés. La foto recoge un momento de la recepción que le fué ofrecida por el Ayuntamiento.

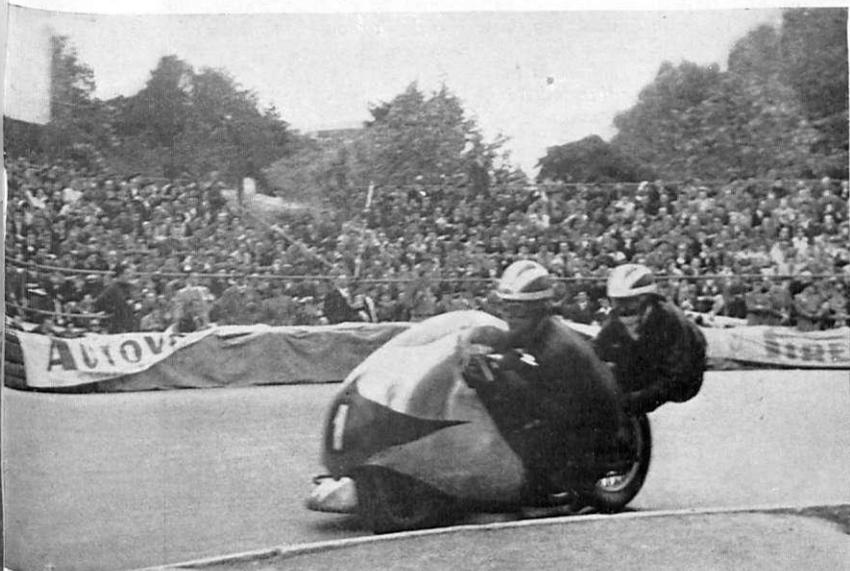




Desde un balcón de la Casa de Panadería se da lectura al Pregón de las Fiestas de San Isidro.



Con toda solemnidad se conmemoró la Festividad de San Isidro, Patrón de la Villa. En las fotos pueden verse un momento de la Misa oficiada en la Catedral y otro de la procesión que recorrió varias calles de la Villa.



Un momento del XV Premio Internacional de Madrid de motorismo, celebrado en el Parque del Retiro, en el que se disputó la copa del Excelentísimo Ayuntamiento.

En el salón de tapices del Ayuntamiento tuvo lugar la entrega del premio otorgado en las anteriores corridas de San Isidro por el toro más bravo de lidiados en dicha Feria.



Las Casas regionales se sumaron al homenaje al Santo Patrón de Madrid. En la Plaza de la Villa, ante numeroso público, tuvieron lugar diversas demostraciones folklóricas.





El Lord Mayor de Londres, Sir Harold Guillet, asiste a una corrida de toros y es objeto de una cordial acogida por parte del público



La primera autoridad municipal de Madrid impone la Medalla de Oro de la Villa al Lord Mayor de Londres.



Sir Harold Guillet es recibido en el Ayuntamiento de la capital. Un momento de la recepción que le ofrecieron.

Londres y Madrid estrechan su amistad por obra de la cordialidad de sus respectivos representantes.

El Lord Mayor de Londres, Sir Harold Guillet, honró a Madrid con una breve visita, en la que pudo, no obstante, demostrar sus condiciones de talento y cordialidad. A continuación, como recuerdo de su presencia, publicamos una serie de fotografías obtenidas durante el tiempo que se detuvo en nuestra capital.

El Alcalde londinense se interesó por los centros benéficos de nuestra Capital. La foto recoge un momento de su visita al Asilo de San Rafael.





El Alcalde de Madrid inaugura la Exposición de Flores celebrada en la Rosaleda del Parque del Oeste.



Una representación de los Alcaldes canadienses es recibida por los Condes de Mayalde a su paso por Madrid, para asistir al Congreso de Berlín.



El Patriarca Maronita de Antioquía, acompañado del Alcalde de Madrid, visita diversos centros y lugares de la Capital.

La última visita oficial que hemos recibido fué la del Presidente de la Cámara Municipal de Lisboa, D. Antonio França Borges. El cariño y la amistad entrañable que unen a Lisboa y Madrid se pusieron de manifiesto, una vez más, con motivo de la visita de nuestro ilustre huésped, de la que publicamos a continuación varias fotografías.



Después de haberle sido impuestas las insignias de "Concejal Honorario", el Presidente de la Cámara Municipal de Lisboa firma en el libro de la Corporación.



El Sr. França Borges cambia impresiones con el Ministro de la Gobernación y el Alcalde de Madrid.



Los Alcaldes de Lisboa y Madrid pasan revista a una compañía de la Guardia Municipal, que les rindió honores



La primera autoridad municipal de Lisboa durante el discurso que pronunció en la Sesión Extraordinaria celebrada en su honor por el Ayuntamiento de Madrid.

Dos momentos de la recepción ofrecida por el Ayuntamiento de Madrid al Presidente de la Cámara Municipal de Lisboa, don Antonio França Borges.



Depósito Legal M. 4.194 - 1958
Estades, Ev. S. Miguel, 8-Madrid



Extraordinario dedicado al Turismo

Ayuntamiento de Madrid